

Concurso literario

Colombia contada desde Suiza



Memorias

Diciembre de 2025

Cuento · Poesía · Ensayo



Embajada de
Colombia en Suiza





Embajada de
Colombia en Suiza



CRÉDITOS

Organizadores:

Embajada de Colombia en Suiza

Colombia nos Une

Equipo responsable del concurso:

Juan Manuel Morales Caicedo, Segundo Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Andrea del Pilar Candela Núñez, Funcionaria local de la Embajada de Colombia en Suiza.

Ximena Escobar de Nogales, Gestora cultural, escritora y coordinadora de concurso literario.

Equipo editorial:

Diana Marcela Toro Pardo, diseño y edición del libro digital.

Pilar Velázquez, narración de textos digitales.

Derechos de autor

© Embajada de Colombia en Suiza, (2025).

Todos los derechos reservados.

Los textos literarios incluidos pertenecen a sus autores. Al participar en el concurso, los autores autorizaron a la Embajada la difusión de sus obras en publicaciones impresas o digitales sin fines comerciales. Toda reproducción con otros fines requiere autorización previa de los autores y de la Embajada.



Índice

	Pág
Presentación.....	4
Introducción.....	6
Sobre el concurso.....	7
Jurados y lectores.....	9
Ganadores.....	10
Categoría: Cuento.....	11
El último café – Vivi Andermatt.....	12
Refugio – Diana Marcela Toro Pardo.....	16
Niebla – Stephanie Villadiego De La Hoz.....	20
Categoría: Cuento Extranjero.....	24
Las Felizas de Bogotá – Elena Valdés Rudzinska.....	25
9.086 kilómetros – Karina Farinati Kramer.....	28
Cartografía de un encuentro – Josephina Bierl.....	30
Categoría: Poesía.....	34
Cumbres ajenas – María Castañeda.....	35
Tiempos de memoria – Angélica Solano Fitzgerald.....	36
Colombia, país sembrado en el pecho de un colibrí – Martha Cecilia Campo Millán.....	38
Categoría: Ensayo.....	40
Deseando amar (Bolero de Berna a Bogotá) – Carlos Rojas Cocoma.....	41
Entre los Alpes y los Andes – Andrés Felipe Baumgartner.....	45
¿De dónde vienes? – Freya Liv Quintana Cardona.....	49
Agradecimientos.....	52
Galería fotográfica.....	53



Presentación

¿Cómo contar a Colombia?

Esta es una pregunta a la que nos vemos abocados gran parte de los colombianos que residimos en el extranjero. Algunas pistas, unas no tan positivas, se perfilan siempre como parte de la narrativa para contar a nuestro país.

Al consultar la inteligencia artificial sobre cómo contar a Colombia, el algoritmo sugiere, entre otras cosas, “centrarse en temas recurrentes que pueden servir como hilos conductores: la violencia y el conflicto, resiliencia y esperanza, la identidad y la diversidad, y el desarrollo socioeconómico”.

La IA parece conocer algunas claves y realidades para narrar a Colombia, pero lo que hasta ahora se encuentra fuera de su alcance, es el hecho de que un país se cuenta, especialmente en el caso de los migrantes, a partir de los recuerdos y las experiencias que dejamos atrás: la casa donde crecimos, el barrio donde vivimos, los amigos con quien jugamos y las historias que creamos.

Este concurso nos deja, además de sentidas piezas literarias, amigos que quedarán para siempre en nuestros corazones, pues reconocerán en sus textos, expresiones entrañables, costumbres inolvidables, lugares y sabores compartidos, el amor infinito por lo nuestro y la experiencia transformadora de la migración.

El Último Café, cuento seleccionado como el mejor en su categoría, de Vivi Andermatt, nos recuerda que “la medicina verdadera no está en las plantas sino en el amor que se le pone al prepararlas”; *Deseando amar (Bolero de Berna a Bogotá)*, seleccionado como mejor ensayo, del historiador Carlos Rojas Cocoma, nos lleva a una reflexión sobre la importancia de los vínculos humanos; del primer lugar en poesía, otorgado a *Cumbres Ajenas*, de María Castañeda, entendemos la pena de quienes se van de su patria y cargan un “corazón fiel que quiere volver”.



En *Las Felizas de Bogotá*, de Elena Valdés Rudzinska, boliviana residente en Ginebra y ganadora del mejor cuento extranjero, apreciamos el relato de la colombianidad contado desde otra perspectiva, la de quien no tuvo que nacer en Colombia para apropiarse de sus lugares y narrarlos con propiedad.

Colombia contada desde Suiza, este primer concurso literario, concluye con un descubrimiento de talentos y una excusa para encontrarnos en medio de la migración; sirve además de inspiración para nuevos autores, quienes a través de sus relatos, seguirán regalándonos ese espacio íntimo, lleno de posibilidades, recuerdos y vivencias, y al que gracias a las letras podemos regresar: el lugar del que siempre seremos.

La autenticidad y la creatividad que hay en estos textos es una muestra de que narrar la colombianidad, va mucho más allá de los lugares comunes planteados por la inteligencia artificial.

Gracias infinitas por su participación y el cariño con que recibieron esta iniciativa.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Francisco Echeverri'.

Francisco Echeverri
Embajador de Colombia en Suiza



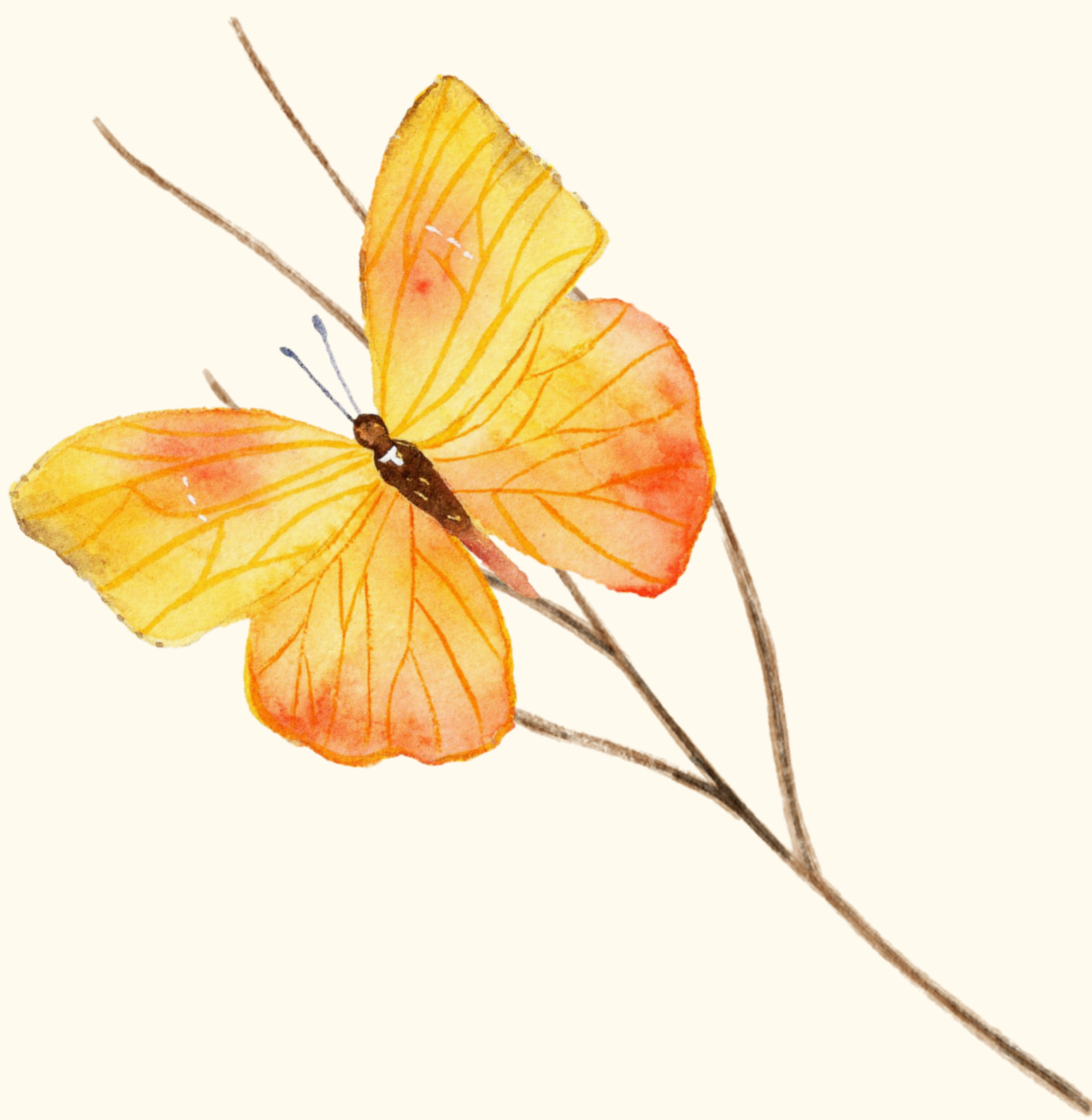


Introducción

La siguiente es una compilación de textos de poesía, cuento y ensayo, postulados en su mayoría, por colombianos residentes en el país helvético, y ciudadanos de otros países que se aventuraron a narrar sus vivencias, sus pensamientos y su sentir de nuestra querida Colombia.

La participación de ciento once autores en el Concurso Literario *Colombia contada desde Suiza*, es una muestra del interés de nuestra comunidad por Colombia y sus asuntos, del vínculo profundo con sus raíces, que a pesar de la distancia, permanece en el corazón de cada migrante; y una experiencia que merece permanecer en el tiempo a través de este libro digital.

Esta publicación tiene un enfoque cultural y no comercial, su propósito principal es ofrecer un espacio para visibilizar el talento colombiano y fortalecer los lazos entre la Embajada y la comunidad. La edición prioriza la autenticidad de las narraciones, la fidelidad al texto original y la claridad en la presentación de las obras. No se realizaron modificaciones de fondo al contenido literario, salvo correcciones mínimas de forma autorizadas por los autores cuando fue necesario para garantizar la legibilidad.





Sobre el concurso

Para la convocatoria de *Colombia contada desde Suiza*, el primer concurso literario organizado por la Embajada, se tuvieron en cuenta los siguientes lineamientos:

Categorías

Las participantes podían postular una sola obra en uno de los siguientes géneros:

- Poesía: uno o más poemas con un máximo total de 40 versos.
- Cuento: un texto con una extensión máxima de 1500 palabras.
- Ensayo: un texto con una extensión máxima de 1500 palabras.

Premios

Se otorgaron premios en dos categorías:

1. Personas colombianas residentes en Suiza
2. Personas no colombianas residentes en Suiza

Para cada género literario (poesía, cuento y ensayo), se definió un:

- 1er lugar: CHF 200 y publicación en la página web de la Embajada.
- 2do y 3er lugar: Mención de honor y publicación en la página web de la Embajada.

Los premios de la categoría para personas colombianas fueron ofrecidos por la Cancillería. Las personas extranjeras fueron premiadas gracias al patrocinio de Zunftgesellschaft zu Schmieden.

Bases del concurso

- El tema central de los escritos es Colombia.
- Participaron personas mayores de 18 años residentes en Suiza (independientemente de su nacionalidad).
- Solo se aceptaron textos inéditos. No podían haber sido publicados anteriormente en ningún formato (incluidos blogs, redes sociales o publicaciones impresas o digitales).
- Se recibieron textos en español.



- Cada participante presentó solo una obra, en un único género.
- No se aceptaban versiones corregidas ni reemplazos tras el envío. Los textos enviados serían considerados definitivos.
- No se proporcionaron devoluciones ni comentarios editoriales.
- No participaron empleados de la Embajada de Colombia en Suiza, la Cancillería o familiares directos, así como personas involucradas en la organización o evaluación del concurso.
- Se informó que la Embajada adquiriría el derecho de primera publicación de las obras seleccionadas.
- El jurado estuvo conformado por tres escritores/as publicados/as.
- La decisión del jurado era inapelable.
- La organización se reservó el derecho de declarar desierto el concurso o cualquiera de sus premios.
- Luego de su publicación en el sitio web de la Embajada, los derechos autorales retornan a sus autores.

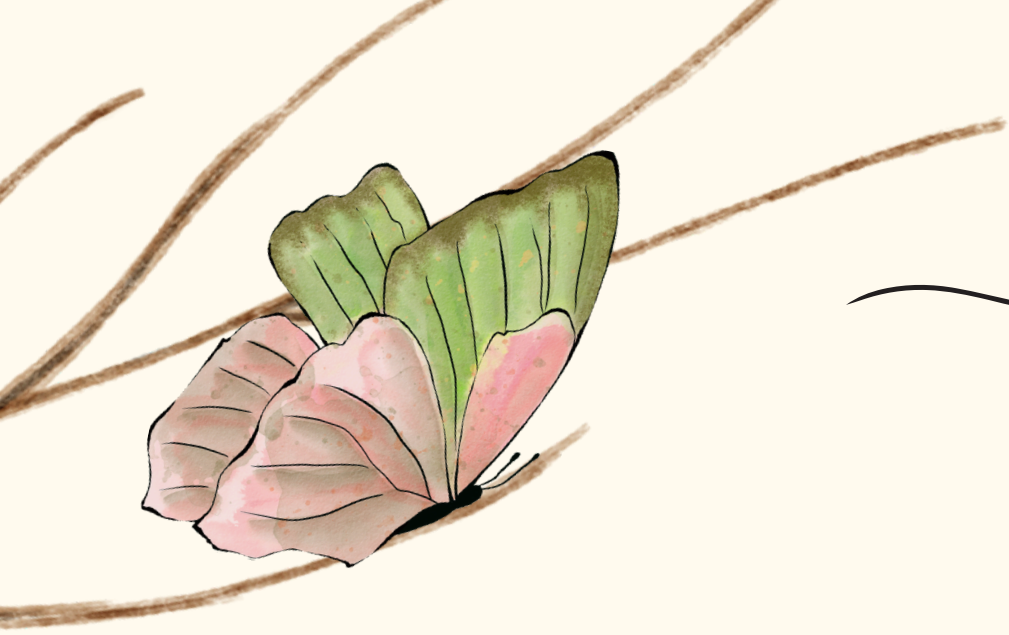
Proceso de evaluación

Primera etapa: un equipo de lectores voluntarios realizó la preselección de los textos. Segunda etapa: el jurado estuvo compuesto por tres escritores publicados.

Cronograma

- Apertura del concurso: 1 de septiembre de 2025.
- Fecha límite de envío: 12 de octubre de 2025.
- Anuncio de resultados: 1 de noviembre de 2025.
- Evento de premiación: 6 de noviembre de 2025, Kornhausbibliothek Bern.





Jurados y lectores

Jurados

- Jannet Weeber Brunal, maestra en escritura creativa y docente de español. Autora de Paisaje suspendido y Otra cosa es el silencio.
- Eloísa Hagen-Melo, doctora en filología hispánica, docente de literatura latinoamericana y conferencista. Autora de Homo Viator, estudio de literatura ecuatoriana.
- Mónica Subietas, escritora y periodista cultural, autora de la novela El bosque en silencio.

Lectores

- Adriana Olmos, comunicadora social y fundadora de cFlow, laboratorio de escritura creativa.
- Verena Schär, licenciada en ciencias sociales y en literatura y lingüística inglesa.
- Manon Brügger, máster en estudios avanzados en literatura española y latinoamericana.
- María Rosa Benítez Navarro, formación en literatura infantil y juvenil, poesía y narrativa.
- Fran García, poeta y coordinador de talleres de poesía.
- Jota Muñoz, escritor, docente de literatura y narrador urbano.
- Diana Marcela Toro Pardo, licenciada en filología hispánica y magíster en literatura y lingüística.



Ganadores

Categoría Cuento

- Vivi Andermatt – *El último café*
- Diana Marcela Toro Pardo – *Refugio*
- Stephanie Villadiego De La Hoz – *Niebla*

Categoría Cuento Extranjero

- Elena Valdés Rudzinska – *Las Felizas de Bogotá*
- Karina Farinati Kramer – *9.086 kilómetros*
- Josephina Bierl – *Cartografía de un encuentro*

Categoría Poesía

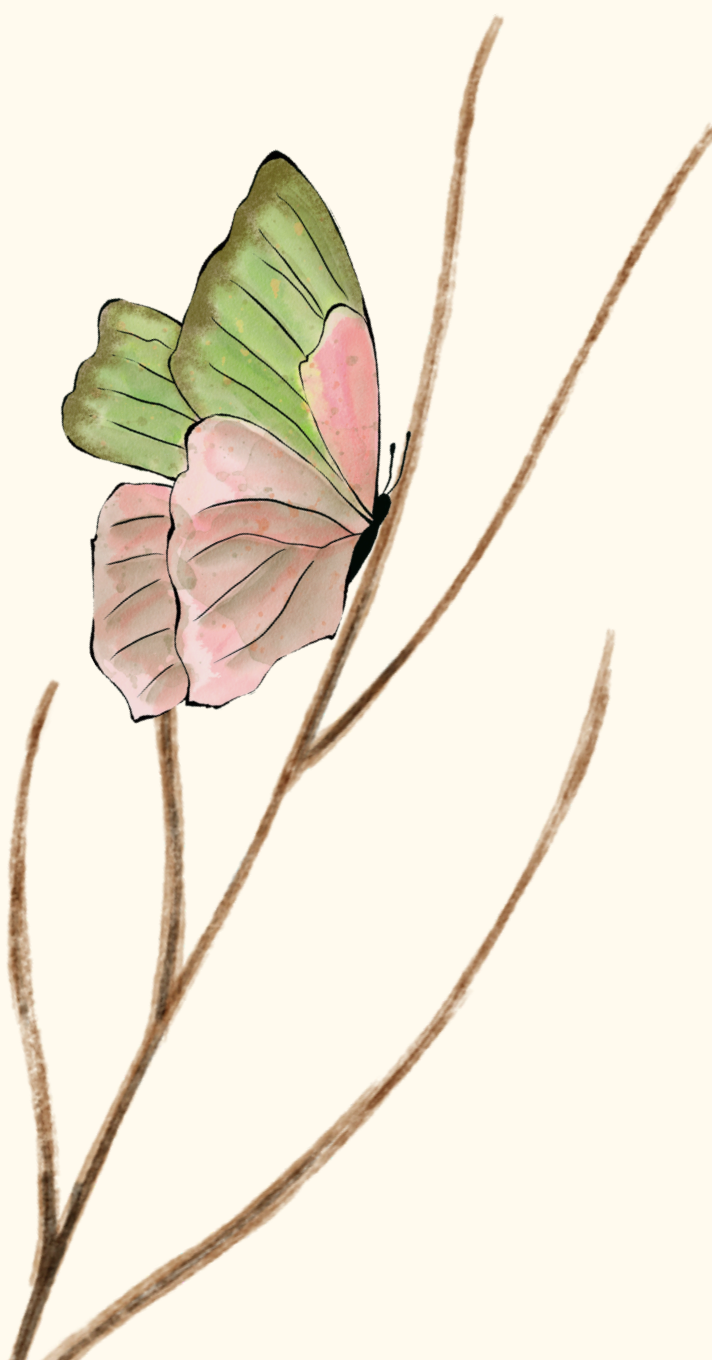
- María Castañera – *Cumbres ajenas*
- Angélica Solano Fitzgerald – *Tiempos de memoria*
- Martha Cecilia Campo Millán – *Colombia, país sembrado en el pecho de un colibrí*

Categoría Ensayo

- Carlos Rojas Cocoma – *Deseando amar (Bolero de Berna a Bogotá)*
- Andrés Felipe Baumgartner – *Entre los Alpes y los Andes*
- Freya Liv Quintana Cardona – *¿De dónde vienes?*

Categoría Ensayo Extranjero

- Mención a Rika Gina Koch Yamaguch – *¿Qué recordarás?*





Categoría Cuento



Aquí puede
escuchar el
cuento

El último café

Vivi Andermatt

Cuento / Primer lugar
Nacida en Cali, Colombia
Reside en Bienne, Suiza
Empresaria
LinkedIn: Vivi Andermatt

Juan respiró el aire montañoso de Bogotá mientras el taxi lo llevaba hacia el aeropuerto. En su maleta llevaba más que recuerdos y artesanías: cargaba con la esperanza de salvar a su madre del cangrejo que la consumía en Ginebra. Tres meses había tardado en reunir el valor para ese viaje; tres meses, dos apariciones espectrales y cinco sueños premonitorios, en donde un viejo de cabello largo y barbudo, le mostraba el camino de la sabiduría ancestral.

Recorrió el país buscando la medicina ritual que los médicos suizos no conocían. Su madre, Carmen, refugiada política desde los años ochenta, había perdido toda fe en las curaciones de los médicos de los modernos e inmaculados hospitales suizos. “Estos médicos, ya no saben curar sin tanto aparato (...). Los remedios de las abuelas no son solo creencias, miijo”, le decía. Pero Juan, que, aunque había leído sobre plantas milagrosas, sobre saberes indígenas que podían obrar prodigios, no lograba concebir, qué secretos y saberes milagrosos podía haber en Colombia que la ciencia suiza no hubiera ya explorado.

Exhausto y con soroche llegó a Bogotá. Recorrió los altiplanos que rodeaban la ciudad como una ruana verde. En Guatavita, una laguna sagrada donde los muisca de otros tiempos ofrendaban oro al sol, Don Elías, un campesino de manos curtidas, le enseñó los secretos del Kalanchoe. “Esta matica”, murmuró el anciano mientras frotaba las hojas carnosas, “carga con el dolor ajeno y lo transforma en vida”. Don Elías le mostró cómo preparar las infusiones, cómo secar las hojas bajo la luna menguante, como rezar los conjuros mientras hervía el agua.

También lo llevó a la mina de sal en Zipaquirá y le explicó que los Muisca consideraban la sal tan valiosa como el oro: “Los antiguos sabían que, sin sal, no hay vida. Si Sumercé se lleva un pedazo de esta sal, ya no necesitará llorar. ¡La montaña ya lloró por Sumercé!”.



Viajo hasta el Putumayo, donde el Taita Carlos, un curandero desdentado que parecía haber nacido de la misma selva, le entregó un frasco de lágrimas de copal. “Para cuando el alma esté demasiado cansada de luchar”, le dijo. Sus ojos brillaron como brasas ardientes cuando le advirtió: “Pero recuerde: la medicina verdadera, no está en las plantas. Está en el amor que se le pone al prepararlas”.

Su búsqueda lo llevo hasta San Basilio de Palenque, donde las casas de colores brillantes y techos de paja veían pasar mujeres de piel marrón que llevaban frutas en totumas sobre sus cabezas altivas. Esperanza le enseñó el poder de los tambores ancestrales. Sus trenzas coronadas bailaban al ritmo de su lengua palenquera mientras preparaba el fuego ceremonial. “El ritmo”, le explico, mientras sus manos morenas golpeaban el cuero tenso del tambor alegre, “despierta la memoria que lleva en la sangre. Su mamá lo que necesita es recordar quien era antes del miedo, antes del olvido“. En el patio donde los niños aprendían los secretos de los ancestros africanos, le regaló un pequeño tambor tallado en madera, del tamaño exacto de su palma, bendecido con los cantos que habían cruzado el océano en los corazones de los esclavos.

Pero fue en la Sierra Nevada donde todo cambió. Los Koguis, indígenas de baja estatura, pero de gran sabiduría, cabello largo, vestidos blancos, mochilas tejidas, alpargatas y gorros altos como papayas blancas en la cabeza, lo observaban masticando las hojas de coca lentamente. Durante días, los hermanos mayores hurgaban en sus poporos, masticaban y lo observaban. A veces estaba solo. A veces aparecían de la nada. Un día, en silencio, le entregaron una piedra lisa y oscura: “No es pa’ curar enfermedad” le dijo el mamo más anciano. “Es pa’ curar el olvido”. La piedra era tibia al tacto, como si tuviera vida propia. “Este viaje que vusté hizo no era pa’ella. Es pa’vusté”. Juan supo entonces que su búsqueda había terminado.

Regreso a Suiza cargado de tesoros: frascos con plantas, la piedra de los Koguis, el tambor de Esperanza y algo más profundo que no sabía nombrar.

Carmen lo esperaba en el hospital, tan frágil como una hoja de otoño. Cuando Juan empezó a contarle sobre las medicinas, ella lo detuvo con un gesto tembloroso. “Antes de cualquier menjurje, cuénteme los pueblos, cuénteme la gente, cuénteme los chismes de la familia”.

Durante días, Juan le contó cada pueblo, cada encuentro, cada experiencia; los olores, los sabores, el frío del páramo, el bochorno de la costa, el ajetreo de las ciudades. Los chamanes, los curanderos, los culebreros. Los pájaros multicolores, los miquitos diminutos, las casas con espantos, la sonrisa de los niños, el calor del colombiano. Con cada relato, los ojos de Carmen se iluminaban como si estuviera viendo por primera vez el país que había tenido que abandonar. “Usted hizo el viaje que yo nunca pude hacer”, le dijo después de escuchar sobre su encuentro con Bochica. Usted fue, vio, aprendió, y volvió; regresó a la tierra por mí”.





Entonces empezaron a preparar las medicinas juntos. Cada mañana, el café se convertía en ceremonia. A veces la ceremonia era con chocolate. No eran solo bebidas; eran rituales de reconexión con sus raíces, con los ancestros, con la cultura. Molinillo, chocolatera y colador estaban siempre a la mano. Preparaban las plantas del Putumayo mientras Juan tocaba el tambor de Palenque, y Carmen, aunque débil, movía sus manos al ritmo ancestral. “Es como si mi cuerpo recordara esta música”, susurraba.

La piedra de los Koguis se volvió un conductor de energía, de comprensión y de perdón mutuo. “Mijo”, le dijo Carmen una tarde mientras miraban el lago Léman, “tengo que pedirle perdón por haberlo criado con tanto miedo. Le transmití mis traumas de refugiada, el dolor del destierro, del desarraigo. Es una enfermedad que conocemos bien en esta familia. Ese trauma se quedó en nuestros cuerpos, en nuestros genes. Se pasa de generación en generación, como herencia obligatoria, hasta que alguien aprende a sanarlo”.

“Mamá yo también debo pedirle perdón por haberla visto como un problema a resolver en lugar de verla como la gran mujer que es”.

Esas conversaciones fueron la verdadera medicina. Cada perdón, cada abrazo, cada lagrima compartida tenía más poder que cualquier molécula patentada por una farmacéutica Suiza.

Durante la quinta semana, Carmen tuvo una mejora inexplicable. Los médicos hablaban de remisión espontánea, pero Juan sabía que no había nada espontáneo en el amor combinado con sabiduría ancestral.

“No sé cuánto tiempo más tendré”, le dijo Carmen, “pero estos han sido los días más felices de mi vida. Por primera vez en años me siento completa. Colombiana y Suiza al mismo tiempo. Mi corazón no tiene que escoger patria”.

La sexta semana comenzó el declive. Pero no había tristeza en ella, solo una paz profunda. “La medicina sí funcionó, mijo. ¡No como usted esperaba... pero funciono! Me curó del dolor más profundo: haber perdido mi identidad”.

La última semana fue la más hermosa y dolorosa. Carmen le enseñó recetas que nunca había compartido, canciones de su infancia que nunca había cantado en casa, historias de sus abuelos que guardaba como tesoros secretos. Le transmitía mensajes de tíos, abuelos y amigos que ya habían abandonado este plano, y decía ella, venían a visitarla y charlar un rato después del noticiero de las siete.

“Todo esto es su verdadera herencia”, le decía. Mas valiosa que cualquier casa de esas de Cologny.”





El último día, Carmen despertó con una lucidez extraordinaria. Se vistió con su vestido tricolor colombiano y pidió que prepararan el café juntos una última vez.

“Su viaje no fue para encontrar medicina para curarme”, le dijo mientras tomaban café en el balcón. “Fue para encontrarse a usted mismo”.

Carmen se fue esa tarde, casi sonriendo, tomada de la mano de su hijo. Sus últimas palabras fueron: “Ahora vaya y enséñele al mundo, que la verdadera medicina siempre incluye amor”. O por lo menos eso creyó Juan haber escuchado. El jura que, durante el entierro de Carmen, vio de lejos a Bochica, el hombre de barba y cabello largo, que, a distancia prudente, también le presentaba sus respetos a la valiente exiliada.

Juan regreso a Colombia y convirtió la finca del abuelo en un centro de medicina ancestral. Pero, sobre todo, enseña lo que realmente aprendió: que la sanación verdadera no viene de curar enfermedades, sino de curar relaciones. La relación con uno mismo, con la familia, con la tierra, con lo sagrado. Enseña a sus estudiantes que vienen de todo el mundo, que Colombia posee el secreto de la felicidad y que cada cual lo descubre a su manera.

En el cementerio St. Georges de Ginebra, frente a la tumba de Carmen crece un Kalanchoe que florece en primavera; Juan sigue visitándola cada vez que viene a Suiza. Le cuenta de las personas que ha sanado; no de sus enfermedades, sino de sus olvidos. Porque aprendió que su madre no murió de cáncer: murió completa habiendo sanado las heridas más profundas de su alma.

Y eso, descubrió, fue la cura más poderosa que pudo darle.





Refugio

Diana Marcela Toro Pardo

Cuento / Segundo lugar
Nació en Itagüí, Antioquia
Reside en Berna, Suiza
Filóloga hispanista, maestría en
Literatura y Lingüística
Tercer puesto en cuento concurso
literario de Itagüí (2019)

*A Analí Lidesval,
que convirtió la huida en coraje
y la pérdida en memoria.*

El día que llegué aquí la nieve me recibió como un acuerdo de silencio y se instaló en mi pecho. Mi chaqueta, heredada y ligera, no discutió; mis botas, que no conocían el hielo, se inventaron un paso inseguro hacia la estación. Al bajar por la escalera, me agarré del pasamanos con las manos heladas y pensé que aquella ciudad no sabía todavía cómo sostenerme. Sí, así fue como me recibió este país: con frío, con la premonición de inminentes caídas, una detrás de otra, pero también con la certeza de que solo yo misma podría levantarme.

Recuerdo mucho ese día, porque además de ser el más frío de mi vida, fue también el día en que me convertí en refugiada. Qué extraña y pesada me sonaba entonces esa palabra. Durante mi primer año aquí no dejaba de pensar en ella: “persona que, a consecuencia de guerras, revoluciones o persecuciones políticas, se ve obligada a buscar refugio en otro país”. Siempre pensé en un refugio más como un lugar cálido, con una comunidad alrededor del fuego, como un lugar en el que podías sentirte segura y protegida.

Los primeros cuatro meses viví en un Centro Federal de Asilo, donde registraron mis datos y huellas, me hicieron un chequeo médico y entregué la solicitud. En el formulario debía explicar por qué temía volver a mi país y dar “todos los detalles posibles”.

Cómo contar una historia que duele tanto una y otra vez. En Popayán se la relaté a la Guardia Indígena, los únicos que me auxiliaron tras el atentado. Luego tuve que repetirla ante la Fiscalía: cómo, aquella madrugada del 31 de agosto de 2002, mientras viajábamos hacia Altamira, mi mejor amigo, que conducía, recibió varios disparos.



Yo lo que recuerdo fue un ruido seco, como si el mundo se partiera en dos. Vi destellos, como luces blancas, y de pronto una de las ventanas del carro salió volando en pedazos. No entendía nada. Solo miedo y gritos, y el viento colándose por donde ya no había vidrio. Todo fue tan rápido... pero al mismo tiempo, como si el tiempo se hubiera puesto lento. Miré a Álvaro, mi querido Álvaro. No sé cómo seguía consciente, porque tenía dos huecos grandes en la camisa, y la sangre le salía sin parar. Yo lo vi, vi cómo le temblaban las manos, pero aun así no soltó el volante.

Me miró, con esos ojos suyos que siempre eran tranquilos, incluso en medio de la locura, y me dijo: “Agáchese, escóndase, no se mueva, hija.” Me lo dijo con una voz bajita, como si no quisiera asustarme más. Yo hice lo que pude. Me tiré al piso del carro, me tapé la cabeza con los brazos, me tapé los ojos... no podía ver más, ya no quería ver. Solo escuchaba los balazos y sentía el cuerpo temblando, como si no fuera mío.

Él siguió. Siguió manejando por lo menos un kilómetro, tal vez un poquito más, yo no sé exactamente. Pero cuando el carro empezó a ir más lento, sentí que algo no estaba bien. Lo escuché respirar raro, y, de a poco, su voz ya no se oyó. Antes de que se le apagara el cuerpo, tuvo la fuerza... la bendita fuerza... de bajar la velocidad, de girar el timón hacia el cerro, no hacia el precipicio que quedaba del otro lado. No sé cómo lo hizo, pero lo hizo, y gracias a él yo estoy viva.

Después todo fue silencio. Un silencio feo, pesado. El carro se detuvo, y yo supe que él ya no estaba. Pero no me atreví a mirarlo. Me quedé quieta, temblando. Lo que más dolía era saber que mi amigo, ese que me cuidaba como si fuera de su familia, se me había ido ahí, manejando hasta el final para salvarme.

Lo que no le dije a la Guardia Indígena, ni en la Fiscalía, ni en mi declaración de refugio fue que era mi culpa que Álvaro tuviera dos balazos en su cuerpo. Yo era la que había recibido las amenazas. Yo era la que debía estar escoltada hacía meses. Yo era la que le había pedido que me llevara a Altamira, en la madrugada, porque supuestamente era más seguro.

Nadie sabe que desde ese día siento que camino con una sombra pegada a la piel, como si una parte de mí hubiera quedado atrapada en ese instante. Hay mañanas en que despierto pensando que todo fue un mal sueño, pero la memoria regresa y me deja un escalofrío metido en el pecho. Durante mucho tiempo me dio miedo cerrar los ojos: cualquier ruido, una luz repentina o el vuelo inesperado de los pájaros bastaba para hacerme temblar.





Cuando por fin aceptaron mi condición de asilo descansé un poco. Si es que se puede descansar de haberte arrancado a ti mismo de la tierra donde eras feliz, si es que se puede volver a ser feliz con una lengua que no es más la tuya y lejos de tu familia, amigos, de la vida que construiste una vez con tanto cariño.

Ser refugiada no es solo cambiar de país; es vivir en paralelo y desdoblada. Todo es distinto: palabras, caras, hasta el silencio suena diferente. No entiendes lo que dicen ni cómo esperan que actúes. Cada día es un esfuerzo, desde pedir una dirección hasta decir “gracias” sin que se note el acento. Afuera estás a salvo, pero por dentro sigues viviendo allá, donde todo se rompió. El cuerpo está aquí, pero la mente vuelve una y otra vez a la casa, la calle, los olores, la gente que ya no está. Y aunque no quieras, el recuerdo del día trágico persiste: un peso invisible, constante. No puedes llorar todo el tiempo, pero tampoco olvidar. Es estar entre dos tierras, sin pertenecer del todo a ninguna.

A veces siento que el tiempo se quedó suspendido. Miro el reloj y me doy cuenta de que vivo en dos husos horarios que nunca, ni por asomo, se encuentran. Siempre estoy pensando: ¿qué hora es allá? A veces sueño que regreso y todas las cosas que amo siguen intactas. Mis hermanas no se han hecho viejas, la casa de mis padres sigue en obra gris, el sol sigue poniéndose detrás de los Coconucos.

Antes de dejar mi tierra, la Guardia Indígena me hizo una despedida en silencio. Fue al amanecer, al borde del río, donde el agua canta bajito y el monte huele a vida. Vinieron los mayores, los kiwe thegnas, con sus bastones de mando cubiertos con las cintas de nuestros colores: rojo por la sangre, verde por la montaña, amarillo por la luz que nos guía. Me rodearon. Ya todos sabían por qué me iba. Por alzar la voz, por defender la tierra de los que vienen a matar y mandar, los que se creen los únicos dueños de la tierra.

Los mayores quemaron coca, pusieron tabaco, pétalos, semillas y tierra sobre una manta tejida por manos de mujeres sabias. Me dijeron que mi cuerpo debía partir, pero mi espíritu quedaba sembrado en el territorio. Una abuela cantó en nasa yuwe, palabras antiguas que me recordaban mi niñez y que me hicieron llorar. Me colgaron un collar hecho con semillas del tul, “para que no se le olvide de dónde viene”, me susurró uno de los mayores. Y yo, que me iba sin querer irme, sentí que no estaba sola. Me iba por la vida, pero me quedaba en la lucha. Como nos enseñaron: la tierra no se vende, es nuestra memoria y resistencia.



Aquí la gente es muy amable: siempre dicen “grüezi”, “merci”, “danke”, te sostienen la puerta, explican con paciencia. Pero todo eso es por fuera, como una capa bonita que no deja ver lo de adentro. Hay sonrisas, pero no abrazos; reglas claras, pero pocos espacios para equivocarse. He hecho de todo: aprendí el idioma, llego puntual, no me meto con nadie. Y aun así, siento que pertenezco solo a medias, como si me dejaran entrar hasta la puerta, pero nunca a la sala.

Así que me acurruqué en una esquina de esta casa-refugio en silencio, esperando que algún día los otros me hagan parte de ella y me concedan un respiro de todos los fragmentos en los que me rompí. El refugio no siempre es un lugar, a veces es mi collar de tul amarillo, otras es Álvaro en mi memoria, otras el frío y la nieve como cicatriz permanente, otras mis papeles que me certifican como refugiada. Todavía busco un trozo que me falta. Y sé que el día en que lo encuentre, la quietud de este refugio me devolverá, al fin, la sensación de estar completa.





Niebla

Stephanie Villadiego De La Hoz

Cuento / Tercer lugar
Nacida en Bogotá, Colombia
Reside en Chavornay, Suiza
PhD Management
LinkedIn:Stephanie
Villadiego De La Hoz

Cuando me levanté esta mañana no veía nada. Todo estaba gris y borroso. En diciembre es normal. Me habían dicho que los inviernos en Ginebra no son muy fríos, pero sí tienden a ser grises. Sin embargo, aún medio dormida, pensé que había algo particularmente extraño en el tipo de gris que me rodeaba. Pensé también que la razón por la cual veía borroso debía ser mi miopía que me impedía ver nítidamente lo que está a más de cinco centímetros de mi cara sin gafas, así que me las puse, pero tampoco vi nada. Todo seguía gris. Me preocupé y pensé que algo me había pasado. A lo mejor mi mediocridad con la limpieza de los lentes de contacto había alterado permanentemente mi visión. Mucho más despierta y alerta por la posibilidad de haber empezado a quedarme ciega, me levanté rápidamente de la cama y me acerqué a la ventana. Aún no veía nada. Pero poco a poco, mi cerebro empezó a entender. La niebla que se empezaba a disipar de mi cabeza me permitió darme cuenta de que eso era exactamente lo que pasaba: había niebla. No veía nada porque no había nada para ver. La capa más gruesa de pequeñas gotas de agua suspendidas en el aire que jamás hubiera visto borraba la visibilidad de todo lo que estuviera más lejos que la distancia de mis brazos estirados.

Nací en Bogotá. Vengo del trópico, pero no de la parte tropical del trópico. Esto no es fácil de entender para los que me preguntan de dónde vengo y que se sorprenden siempre cuando me escuchan decir que odio el verano y que no tolero el calor. La imposibilidad de que en un país de América del Sur exista una ciudad a 2,600 metros de altitud, donde la temperatura promedio es de aproximadamente 13.9 grados centígrados, parece no caber en la cabeza de muchos de mis interlocutores suizos (y eso que tengo la decencia de morderme la lengua y no contarles que existen otros países con ciudades donde esto es aún peor). Se sorprenden también de que no hayan estaciones y de que para descansar del frío tengamos que ir a “tierra caliente”, un concepto que hasta ahora me doy cuenta que es difícil de explicar. A pesar de la estupefacción que genera el clima bogotano y su casi permanente inmutabilidad, haber nacido donde nací y haber vivido ahí por más de veintiséis años significa que la niebla no me es extraña.



No solo es frecuente, sino que también hace parte de nuestra vida cotidiana. De niños, nos levantábamos a las cinco de la mañana para montarnos en buses que nos llevaban a colegios afuera de la ciudad, donde hace aún más frío y donde la niebla es parte habitual del paisaje de las mañanas. Recuerdo las incontables mañanas en las que la veía en la cancha de fútbol, baja y en forma de pequeñas nubecitas que casi que podías tocar. Pero esto no era niebla, era una señal del apocalipsis. Era una cortina de algo espeso que no se parecía en nada a lo que yo veía en Bogotá. Llevaba ya un tiempo dándome cuenta de que así era con muchas cosas en Suiza. En teoría, parecían tener los mismos nombres y significados que en Colombia, pero en la práctica, su experiencia no era nada similar a lo que yo conocía. Los amigos que hacían eran precisamente como la niebla. Se suponía que yo sabía hacer amigos y por eso me armaba de valor para acercarme a grupos de personas desconocidas, a las cuales me presentaba en un francés gramaticalmente incorrecto y con un fuerte acento bogotano, cantando las últimas sílabas de cada palabra. Me esforzaba por dar todas las señales posibles de que yo era una persona compatible con ellos. Al final, mis esfuerzos daban resultado y me decían: “Un placer, ¡nos vemos pronto!” y yo quedaba feliz porque había hecho amigos. Pero pasaba el tiempo y nunca los veía. Peor aún, me daba cuenta de que se veían entre ellos —y que esos encuentros incluían a otros como yo que también eran nuevos y sí estaban haciendo amigos—, pero que a mí nadie me había invitado. Iban a escalar el Salève, tomaban vino en la Fête des Vendanges, hacían picnics en el Parc des Bastions. ¿Cómo algo que debía ser lo mismo —socializar con gente de mi edad y de mi programa educativo— podía ser tan diferente en este país? En Bogotá, las primeras dos niñas a las que les hablé el primer día de clases de la universidad y quienes inmediatamente me invitaron a cuanto plan salía —desde ir a tomar cerveza ese mismo día en un sitio pasando el túnel de la Javeriana, hasta salir a comer a Wok los sábados— siguen siendo mis amigas, a pesar de habernos graduado hace ya muchos años.

Me alejé de la ventana y me entré a bañar. Tomé nota mental de otra cosa que debía ser lo mismo en cualquier parte del mundo, pero que aquí era diferente: el agua. Hasta antes de vivir en Ginebra, no sabía que el agua podía ser dura. Habían otros problemas, por supuesto. Podía acabarse el agua caliente del calentador, las mamás no paraban de advertirnos que no tomáramos jugos de la calle por que vaya uno a saber el agua con la que fueron preparados, y así. Pero el agua siempre había





sido agua, excepto que ahora era cal y que su naturaleza transparente estaba lentamente siendo reemplazada por su rastro blancuzco en las llaves de cuanta superficie tocaba. Me vestí y decidí salir sin desayunar porque iba a llegar tarde. Me hizo falta la arepa de yuca que aquí era una imposibilidad porque si bien sí se conseguía harina pan para hacer arepas tradicionales, algo tan niche como una arepa de yuca era mejor olvidarlo y hacer de cuenta que nunca existió. Entonces pensé que la niebla era una buena excusa para un pain au chocolat, y me pareció una alternativa imperfecta pero suficiente. Pensé también que lo compraría de rapidez en el camino, porque tenía un encuentro que llevaba posponiendo hace mucho rato y por fin, movida por la curiosidad, me había decidido a ir.

Afuera confirmé que el apocalipsis estaba en pleno apogeo. No había nadie en la calle, y las pocas personas que aún quedaban en esta ciudad itinerante repleta de expats estacionales que salían a hacerle frente a la niebla, eran tragadas por su espesura en cuestión de segundos. Como si la niebla se diera cuenta de que las podías ver y se las comiera enteras para hacerlas desaparecer otra vez. Decidí convertirme en zombi y caminar en la nada. Aun sin poder ver mucho, caminar era de las experiencias que más disfrutaba en Ginebra. Caminar a cualquier parte, a cualquier hora y casi por cualquier camino.

Suiza me había devuelto una experiencia que en Bogotá era un deporte de alto riesgo, pero que siempre me había encantado y que practicaba cuando podía calculando el peligro de perder alguna de mis pertenencias (Cuando los suizos me preguntan si Colombia es un país seguro, siempre digo con orgullo que a mí nunca me han robado en la calle... y que así siga siendo —toco madera). Bajé al lago y como no se veía nada mi cabeza empezó a ver en sitios locales recuerdos de otros lugares donde fui feliz en mi vida pasada. Frente a la oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos, vi la fachada del Museo Nacional. En vez de buscar cisnes en el lago, perseguí palomas amontonadas en la plaza de Bolívar. Atravesé el puente del Mont-Blanc como si estuviera pasando por el lado peatonal del puente de la 116 con séptima. En lugar de los luminosos avisos de joyerías y relojerías de la rue du Rhône, pensé en las lucecitas de la zona T y sus restaurantes y bares. Le di gracias a la niebla y me sentí afortunada de poder estar viendo lo que veía, gracias a que en su espesa bruma la realidad quedaba oculta detrás de la nada.



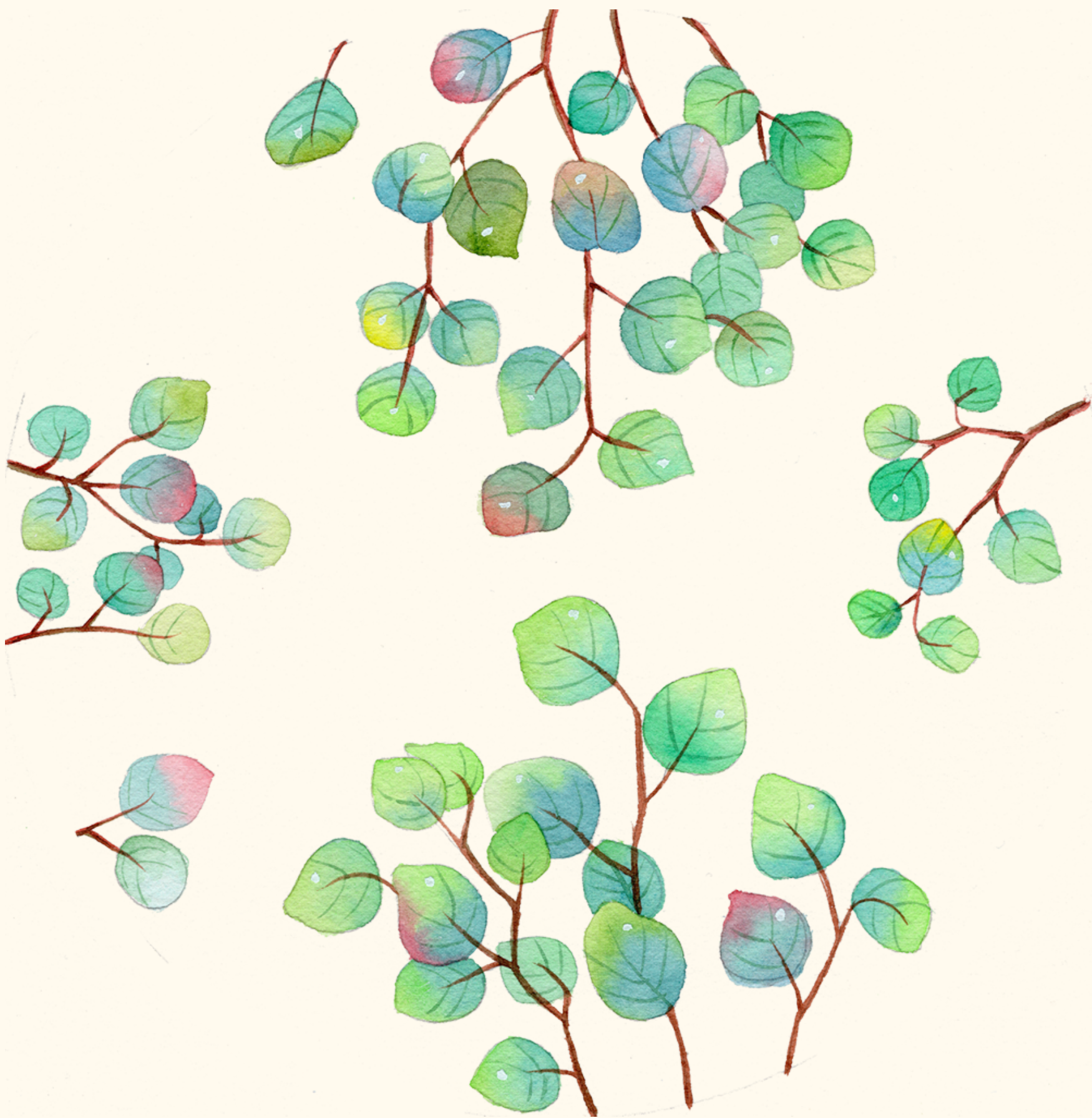
Paré en una panadería, comprobé que todavía quedaban personas vivas por fuera de la niebla y compré mi pain au chocolat como si fuera un pan rollito, recordándome que decirle “veci” a la panadera no solo era inadecuado, sino incorrecto. Subí por la rue Verdaine y llegué por fin. Estaba nerviosa. No sabía realmente qué esperar, ni qué me iba a encontrar. Por la ventana solo veía una silueta al fondo con una taza humeante en frente. Pensé en el chocolate caliente con queso, y me arrepentí de una vez porque eso era motivo de linchamiento público aquí en Suiza, un país donde ambas cosas son productos nacionales pero mezclarlas es causal de deportación definitiva. No se podía ver muy bien nada más. Cuando entré, dije un tímido “bonjour” y me decidí a enfrentar mi cita inaplazable.

“Hola”, le dije. “Perdón por llegar tarde, no sabes lo que me pasó esta mañana”. Ella me miró, con sus ojos que eran los mismos míos, y me dijo: “Sí, lo sé. La niebla”. Ahora somos más miopes, pero ya la niebla no nos sorprende tanto. Ahora nos gusta ver qué tan espesa se puede poner y nos da risa y nervios cuando manejamos a través de ella. “Pero siéntate, han pasado muchas cosas en los diez años que llevamos aquí y necesito contártelas. Te pedí un chocolate con queso para ese pan rollito. ¿Cómo has estado?”



Categoría

Cuento Extranjero





Aquí puede
escuchar el
cuento

Las Felizas de Bogotá

Elena Valdés Rudzinska

Cuento extranjero / Primer lugar
Nacida en Cochabamba, Bolivia
Reside en Ginebra, Suiza
Profesora de inglés y literatura
Instagram: @mymanyhalves
Facebook: historias de Elena

Salió de la librería Albatros de Ginebra con el libro bajo el brazo. Los nombres de Feliza de Juan Gabriel Vázquez prometía un fin de semana sumergida en todo lo que la hacía feliz: una gran historia, sobre una gran mujer en la Gran Bogotá. Aquella ciudad que, durante ocho años, la acogió: primero la revolcó, luego la deshizo y finalmente le iluminó el camino a la reconstrucción. Igualito que los acuerdos de paz, pero en micro-versión femenina, decía Paola cada vez que evocaba sus años por aquella ciudad que terminó convirtiéndose en uno de los grandes amores de su vida.

Abrió el libro. “Me encierran en su Prosa”, decía un verso de Emily Dickinson, citado en la primera página. Encierro. Paola recordó los primeros meses en Bogotá. Habían aterrizado en El Dorado un atardecer de junio. Lo primero que recuerda fue el impresionante y maravilloso cielo rojo intenso que la dejó absorta, a tal punto que, por un instante, perdió toda noción geográfica. Fueron sus hijos quienes la devolvieron a la ajetreada salida de pasajeros para subirse al auto que la empresa había enviado para llevarlos a su departamento en Los Rosales. Desde aquel día, y por los próximos años, Paola no dejaría de contemplar aquel rojo hermoso — siempre que la lluvia y nubes bogotanas se lo permitieran —, siempre con la misma fascinación y que con el tiempo llegaría a ser “su faro bogotano”.

Tenía entonces 34 años, un marido con futuro prometedor y dos hijos que apenas empezaban a hablar y a caminar. Dejaba atrás toda una vida metida en cajas de cartón en Ginebra —no será mucho tiempo—, había pronosticado Rodrigo. Atrás dejaba el mundo que había construido en los últimos años. Títulos universitarios, sus primeros pasos como antropóloga y sus amigos; esos que cuando se es inmigrante, como lo era Paola, se convierten en la familia que una elige. Lo que aún no sabía era que también dejaba atrás su nombre y su voz, y con ellos, el mapa que todos llevamos en algún lugar del alma. Ese que nos muestra los caminos a seguir y también los caminos a evitar. Aunque había dejado su país natal a los dieciocho años, había recorrido varios países antes de instalarse en Ginebra para estudiar, y conocía muy bien eso de “volver a comenzar”, Paola pronto descubriría lo que significaba ser la esposa migrante de un empresario migrante en Colombia.



La ciudad era gigantesca. Desde ella, la tranquila Ginebra le parecía ahora una aldea minúscula. Una gigante que nunca duerme, pensaba Paola. Los primeros días los pasó descubriendo junto a sus hijos y Rodrigo los puntos emblemáticos de la ciudad. Un amor a primera vista pero eterno nació entre ella y La Candelaria, La Macarena y la Avenida Jiménez. Aquellas calles de paredes mayores y sabias, aquellas por donde había comenzado el amor pasional entre Feliza y el poeta Jorge Gaitán, las mismas en las que había sido asesinado el líder Jorge Eliecer Gaitán, aquellas que fueron en los años 50 y 60 centros de arte y de revolución. Aquellas en las que se forjaron ideas, amores, sueños y almas nobles, pero de acero. Paola recordaba con profunda nostalgia todos esos lugares, mientras las páginas del libro le iban regalando episodios de la impresionante de Feliza Bursztyn.

La zona donde vivía Paola, en cambio, era nueva y moderna. El norte. Siempre le había causado gracia que fuera precisamente en el norte donde se aglomeraba la gente de clase alta. Estrato seis, le llamaban. En el norte lo moderno, en el norte lo elegante, en el norte lo prestigioso. En el norte y para el norte, lo mejor. Los mejores colegios, los mejores restaurantes, en el norte el mejor teatro: Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo. Todo eso, para el norte, y para tratar de parecerse al norte, pensaba Paola. Aquellos cafés y bares modernos de la zona G y de la Zona Rosa no tenían la capacidad de despertar la misma sensación de anclaje que le producía el centro antiguo de la ciudad. Y ahora que recorría la vida de Feliza, también se daba cuenta de que ella, Feliza, no había existido en aquella Bogotá moderna. Feliza se había movido en el bellissimo Teusaquillo. Ese barrio donde todavía hoy quedan como vestigios del alma bogotana algunas casas de ladrillo. No, Feliza no conoció el norte de Bogotá, ni el norte la conoció a ella, pues aún no había terminado de nacer en los días de Feliza, suspiró Paola.

El norte para parecerse al norte —volvió a pensar Paola. Siempre le había dicho a Rodrigo: “pareciera que todas las ciudades de Sudamérica quieren dejar de ser ellas, para parecerse al norte de la televisión”. A Rodrigo le irritaban aquellas reflexiones y pronto se dio cuenta de que lo mejor era no compartir sus pensamientos. Desde los primeros meses, la comunicación con Rodrigo se había deteriorado. El estrato seis te ha secuestrado, le decía con un tono de broma. Confirmaba con preocupación y tristeza lo pronto y lo mucho que su marido olvidaba la vida que habían empezado a construir en Ginebra. Nunca pudo recuperarlo. Ni a Rodrigo ni a su vida de familia. La Bogotá frívola y lujosa se les vino encima y mientras él disfrutaba y nadaba en aquellas aguas, ella se sentía como una niña que apenas aprendía a caminar. Y que aún no sabía hablar.

Continuó leyendo. “Pero los recuerdos, sobre todo los que son dolorosos, no acuden de manera automática cuando los invocamos, sino que es necesario cortejarlos, porque son como animales reticentes que no se atreven a acercarse”. Paola recordó cómo empezó el encierro. Estar en una ciudad de más de diez millones de habitantes y cruzarse con la misma gente en cenas y en reuniones.





Estar en una ciudad de millones sin que nadie le pregunte su nombre. Si Feliza tenía muchos nombres, Paola no tenía ninguno. En su pasaporte, la visa colombiana le daba el estatus de “acompañante”. Sin derecho a trabajar, solo a acompañar al marido. En las reuniones y cenas en las que Paola acompañaba a Rodrigo, las presentaciones eran largas y barrocas: —El doctor Rodrigo Laufer, recién llegado de Suiza, experto en negocios de petróleo y en finanzas... —y su señora—. La señora se llama Paola Quiroga —atinaba a decir Paola. Pero aquello también molestaba a Rodrigo y finalmente la Señora solo sonreía mientras estrechaba la mano a sus interlocutores.

Un día, durante una cita en un prestigioso club de golf (se debía pasar por una entrevista para obtener la membresía en el exclusivo lugar), la mujer le preguntó a Paola cuáles eran sus intereses. Esta era la primera vez que alguien se interesaba en conocerla. Soy una apasionada por la antropología y la literatura, dijo sin pensarlo. ¿Y el golf, no le interesa? Esta vez, Paola reflexionó para dar una respuesta adecuada. Su vida de pareja estaba en crisis, las peleas diarias se habían convertido en parte de la rutina, y ella se sentía cada vez más sola y vulnerable. No era posible cuestionar, mucho menos criticar, nada que tuviese que ver con la nueva vida que su marido construía para la familia, de manera que toda la vida familiar se centraba en las actividades sociales y profesionales de Rodrigo. Muchos años le tomaría a Paola reconocerse como víctima de violencia. Las hay de todo tipo, Señora, le había dicho un psicólogo a su regreso a Ginebra. Es que yo no sé jugar —respondió tímidamente Paola. —Una señora como usted tiene que aprender, es importante— prosiguió la señora del club— para el bienestar de su pareja, que una acompañe al marido en sus actividades. —Y concluyó— Deje la antropología para los jóvenes de Los Andes. Usted ya está mayorcita, ¿no cree?

Paola regresó a la novela. Feliza había dejado a su marido y pagado las consecuencias de su decisión. Pero también había descubierto el mapa de su vida, y brindado por ella. “...sí, el país los había maltratado, y sí, era mucho lo que habían sufrido, pero no era nada que no se pudiera arreglar con una buena comida, un buen vino y buenos amigos. Ese era el mejor de los desquites”. Paola brindó desde su cuarto en Ginebra por Feliza, y recordó cómo, después de dejar a su marido y de arriesgarse a una vida sola en Bogotá, de ir a descubrir el departamento de antropología en la Universidad, consiguió un puesto de asistente, su visa dejó de llamarla acompañante, dejó de ser la Señora de nadie y recuperó su nombre. Y recorrió las calles que amaba en la gigante que nunca duerme. Por su trabajo, conoció a las Felizas de Patio Bonito, en ese sur pobre y feo. Ese sin árboles ni flores. Tantas Felizas conoció, que haría falta una novela para contarlas y darles nombres. Felizas del sur, pero del norte también esas que siempre terminan descubriendo atajos secretos hacia la libertad.





9.086 Kilómetros

Karina Farinati Kramer

Cuento extranjero / Segundo lugar
Nacida en Buenos Aires, Argentina
Reside en Zúrich, Suiza
Licenciada en Letras y licenciada en
Ciencias Económicas
Instagram: @kfkphotography

Deshaces el camino, ahora vas del aeropuerto a tu casa. Hace exactamente tres semanas lo hacías en la dirección contraria, y era todo tan diferente. Hasta el clima dio un vuelco, de esos que suceden en Zúrich de repente, cuando se corta el sol como si se hubiera interpuesto una cortina de plomo entre él y la Tierra. Sí, plomo, así ves el color del cielo cuando al fin te atreves a mirar por la ventanilla en Oerlikon. Gris sobre gris, piensas y recuerdas esas fotos de invierno que parecen haber sido tomadas en blanco y negro, y buscas el color y lo encuentras en un semáforo o en un paraguas amarillo de algún loco alegre que va por ahí.

Los aeropuertos te trastocan, lo sabes, pero nunca terminas de acostumbrarte. El error es que no te preparas. La alegría del encuentro, la expectativa de los días que pasarás en compañía de tu madre después de tanto tiempo te ciega a lo que vendrá. Y ahora que el tren se detiene y se queda durante largos minutos en la estación central, piensas que las idas al aeropuerto son como las primaveras, la niñez, o la juventud, y las vueltas... las vueltas son la vejez, decididamente la vejez o por qué no, la muerte.

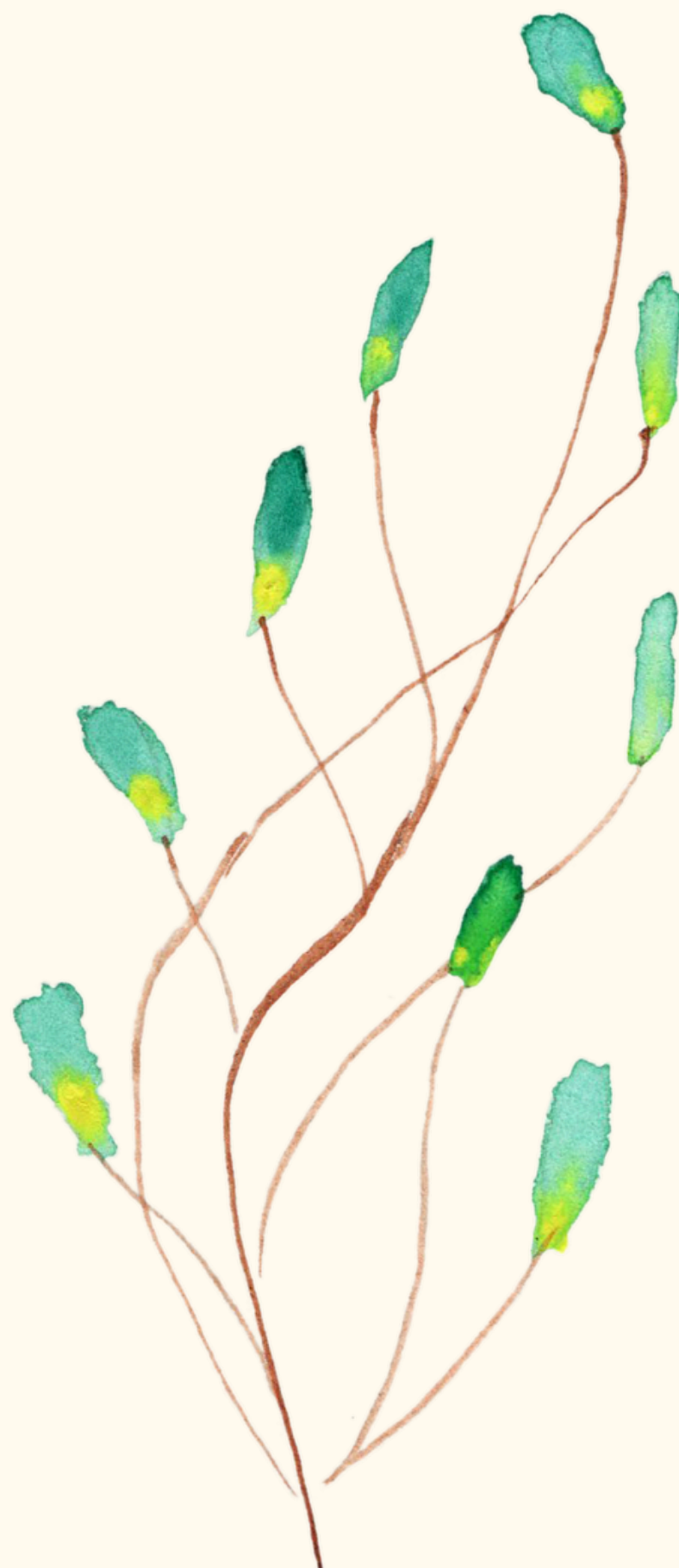
Sonríes. Es tu reacción al recordar a una compañera de trabajo que una vez te contó que a ella le gustaban los aeropuertos, y que cuando tenía tiempo libre, iba a pasar una tarde a Kloten. “¿A qué?”, le habías preguntado sin comprenderla. “A pasear por las tiendas, a soñar que viajo”, te había dicho.

El tren arranca y te parece que descubriste algo, una línea. No te gusta ver el mundo en blanco y negro, dividir conceptos en sí o no, los aeropuertos en buenos o malos, prefieres encontrar matices. Despedirte de tu madre a 9.086 kilómetros del lugar en donde naciste no es algo que le suceda a tanta gente. Piensas en tu marido que siempre te dice que hay que poner las cosas en contexto, y que la definición de ese contexto es la base que determinará el resultado de tu cadena lógica de pensamiento. Si cambias el contexto, variará la conclusión de tu análisis. Esa mujer, para la que un aeropuerto es únicamente la antesala de un viaje de placer, no sabe lo que es migrar. Ahí está el punto inicial de esa línea que vislumbraste.



Eres tú la que partiste hace mucho tiempo buscando extender tu horizonte, no es tu madre la que se va; eres tú la que te fuiste de tu lugar natal para siempre. Sus visitas son paréntesis de ilusiones en los que crees que todo vuelve a ser como antes, aunque no quieras aceptar que te trate como a la niña que has sido, porque tú ya eres otra, crees, te gusta repetirlo. Cierras los ojos en el túnel que va a Stadelhofen. Con gusto aceptas la ilusión de que el tiempo corre hacia atrás algunas veces.

“¿Quién soy?” te preguntas mientras descienes del tren, corres hacia abajo a la velocidad de tus compañeros desconocidos de escalera, ves el supermercado aún abierto y sientes el estómago cerrado. En la escalera mecánica, subiendo hacia a la superficie, te respondes: una nómada. Alguien que partió y no deja de partir, porque la vida es una cadena perpetua de partidas. Y entiendes una vez más el dolor, pero también la riqueza que ello significa. Porque la vida es un viaje, te dices y subes al tranvía camino a tu casa.





Cartografía de un encuentro

Josephina Bierl

Cuento extranjero / Tercer lugar
Nacida en Leipzig, Alemania
Reside en Lausana, Suiza
Estudiante de doctorado y
docente universitaria
Instagram: @jojojosiie

Cuando pienso en Colombia, pienso en ese mar de luces alumbrando el cielo nocturno de Medellín, en las cuadras rectangulares de Aranjuez que se extienden debajo de nosotros, mientras bajamos desde La Aurora en moto. Bajar por esas lomas vertiginosas –ni siquiera en mi país montañoso hay calles tan empinadas– en la noche, abrazada a su espalda, es lo más cercano a volar; sin casco, porque, como me explicó, en los barrios que trepan las cumbres verdes de Medellín como una enredadera de color ladrillo, no hace falta. Mis rizos ondeando en el viento, pienso que si alguien desde mi país lejano me viera así –sin casco ni miedo, libre, resplandeciendo de felicidad–, no sabría quién soy.

Poco a poco, la noche fría va cediendo al aire tibio del barrio, cargado con la resolana del día y el humo de los asados. Fragmentos de música nos rozan, retumbando desde las tiendas que bordean la calle ancha y sinuosa. Luego de cruzar la autopista subimos de nuevo. Dejamos atrás la bulla de Blanquizal y volvemos a la calma. Él apaga el motor y maniobra la moto entre los carros estacionados frente a su edificio. De mala gana me desprendo de su espalda cálida y entro detrás de él en la torre bulliciosa: un hormiguero de vida sobresaliendo en el cielo nocturno. A veces me cuesta creer que un edificio así —ruidoso, palpitante— también sea un hogar. En mi ciudad, el silencio pesa.

Viene el momento de las confidencias, mientras el olor del plátano maduro asándose en el horno llena la cocina estrecha. Ese dulzor lo asociaré para siempre con él, aunque sé que el sabor de las cosas compartidas no siempre garantiza que sean nuestras. Se ha vuelto parte de nuestro ritual, desde que le conté cuánto me hacía falta ese sabor en los inviernos suizos. Me recuerda el roce suave de su piel, como terciopelo contra la mía, tan blanca al lado de la suya; Como si ese simple contraste revelara todo lo que en realidad nos separaba.

A veces son confidencias silenciosas: miradas cómplices, caricias. Bajo la mesa angosta, mi rodilla izquierda atrapada entre sus muslos musculosos.

Sin embargo, en la quietud de esos gestos, hay algo que late, una pregunta suspendida en el aire.



Me sumerjo en el mar oscuro de sus ojos y me dejo llevar por el oleaje de su voz, hacia esos lugares que bordean sus escasas confidencias. Estas me llegan como gotas densas, cargadas de lo no dicho; como piezas de mosaico que, al juntarse, me permiten imaginar quién fue antes de mí.

Intentamos prolongar esa intimidad, aferrarla entre las sábanas. Pero nunca logramos retenerla del todo, porque, mientras más cerca creemos estar, más nos alejamos. Como si algo se interpusiera entre nuestros cuerpos.

Algunos de los lugares que menciona, los conozco: puedo darles forma con imágenes que vi con mis propios ojos, sensaciones que aún guardo en mi piel. Otros, en cambio, apenas se vislumbran en mi imaginación, alimentados más por fotos y libros que por sus pocas palabras.

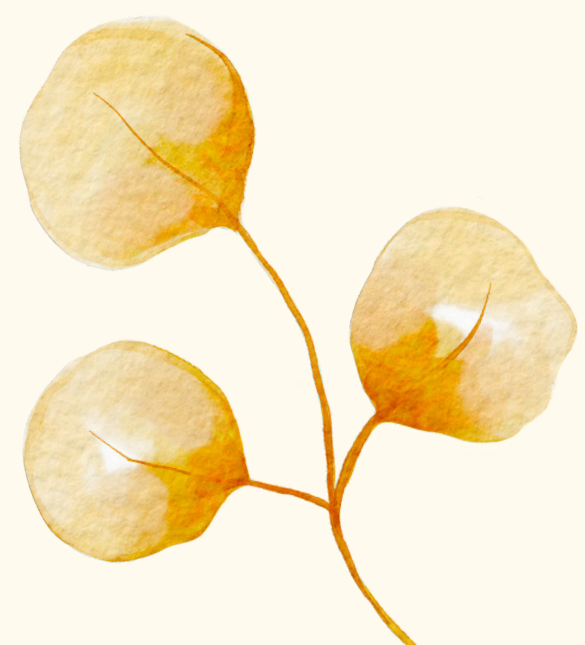
Y es ahí donde empiezo a inventarlo: a completar sus silencios con recuerdos que solo en parte son míos, como si al llenar los huecos de su historia, también pudiera atarla a la mía.

Con la esperanza, quizás, de entender una herida que venía desde antes de tener palabras, una herida que, quizás, también me permita nombrar la mía.

Lo veo claro frente a mis ojos: Harry, unos años atrás, antes de que nos conociéramos, quizás aún sin las canas en su barba ensortijada que tanto me atraen. Me lo imagino apretado en uno de esos barcos que suben por la costa desde Buenaventura, cargados de mercancía, y regresan repletos de pasajeros. O tal vez en cubierta, expuesto a la intemperie, soportando las lluvias bravas del Pacífico; porque, ahora que lo pienso, él no es de los que aguantarían el bochorno y el ruido sofocantes bajo techo. Lo imagino en la borda, los ojos fijos en la línea de arena negra, en la selva que se alza como un muro de verde feroz, con nubes bajas enredadas en sus lomas. Una mirada, lo sé, por momentos ensombrecida por una inquietud que atraviesa sus rasgos finos. Pues no era un viaje cualquiera.

Yo estuve ahí, años después, sin saber que sus huellas dormían bajo las olas oscuras del mar, bajo la arena. Recuerdo esos mismos barcos, descoloridos y carcomidos por la sal, avanzando lento frente a la ensenada de Coquí. Cuando él pasó por allí, debía estar cayendo la noche.

¿Habrán parado para recoger una encomienda, un pasajero solitario?





su mirada se posó en la cancha de futbol frente a la playa, como la vi yo: a final de la tarde, llena de niños unidos por el único sueño de salir de ese campo pantanoso y conocer el mundo. ¿Se habrá, entonces, acordado de sí mismo, de aquel chiquillo larguirucho y solitario que debe haber sido él, terminando sus días frente a la choza de sus abuelos, con la mirada perdiéndose no en el mar, sino en las aguas lodosas del río Atrato, que se abre paso entre la selva del Chocó?

Debía estar amaneciendo cuando, por fin, llegó a La Barra; el final de una noche negra y angustiante. Una lancha pequeña lo habría acercado a la orilla demasiado vadosa para embarcaciones grandes. Frente a él, la playa inmensa, el acantilado, las chozas de colores creciendo en su campo de visión. ¿Cuál sería la de su madre? Seguramente tuvo que preguntar, tantear rostros por si se reconocía en alguno. ¿Pasó por la misma tienda donde, años más tarde, doña Elmira – ¿de verdad se llamaba así? – me devolvió la salud con su caldo de pescado?

Me pregunto si, al pisar aquella arena negra, también lo envolvió esa calma extraña que yo: la que me permitió soltar el dolor, mientras algo en mí empezaba a sanar.

Aún recuerdo cómo, cuando Harry mencionó por primera vez su viaje, me pareció alucinante haber estado tan cerca de él, de un momento tan decisivo, sin siquiera intuirlo.

Ese día, él bajó de la lancha, mojándose los pies, y caminó con paso firme hacia su destino.

No fue una simple visita, sino el final de una búsqueda que, en cierto modo, había empezado el día en que, a los pocos días de nacer, fue dejado en brazos de sus abuelos. Creció sin respuestas; solo el trabajo duro en el campo y el silencio, esa forma áspera de amor de quienes nunca supieron llenar la ausencia de una madre. Venía, creo, no tanto a conocerla, sino a hacer las paces: no tanto con ella, sino consigo mismo.

No sé qué se dijeron. Solo me contó que ella lo recibió con un saludo frío, sin abrazo. Aun así, intuyo que en ese encuentro algo se cerró. No como una puerta que golpea sino como una herida que, por fin, deja de supurar. No necesitaba respuestas, ni cariño. Solo verla. Saberse visto, por fin.

No sé si fue el mismo día en que me hablaba de su viaje, o más tarde, pero en algún momento, años después de nuestro primer encuentro, Harry me habló de Heidi. Lo dijo casi en broma, como si no importara.



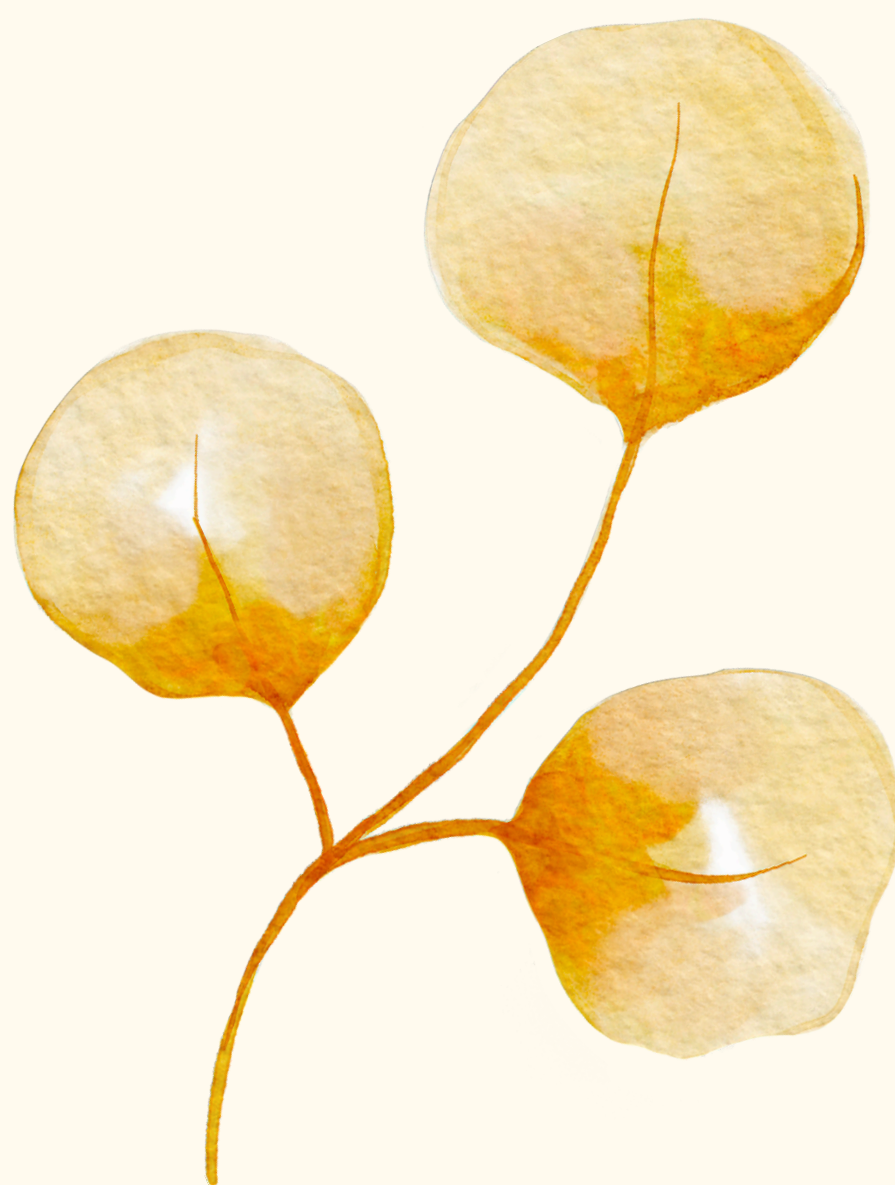
Como si no importara que nuestros sueños ya se habían entrelazado mucho antes de que nos conociéramos.

Aquel libro, hallado por casualidad en la biblioteca de su escuelita, lo hizo soñar con las cumbres nevadas de aquel país lejano que, como descubrió ese día, se llamaba Suiza. Él debía tener apenas siete años; yo, casi el doble, cuando también a través de un libro – Cien años de soledad – empecé a soñar con un país del que, en aquel entonces, no tenía la más mínima idea. Harry soñaba con Suiza desde el bochorno sofocante del Chocó; yo con Colombia desde la nieve silenciosa de mi infancia; desde el frío que se instaló en mi pecho el día en que llegamos a aquella casa vieja donde el viento se colaba por las grietas. Lloraba, desconcertada, al encontrarme de repente en un país al que no pertenecía y donde –como me recordaban a diario en la escuela– nadie me quería.

Así, de algún modo, nos soñamos mucho antes de conocernos. Como si hubiéramos dejado migas de nuestros sueños en la historia del otro.

Harry nunca conoció Suiza, aunque sigo invitándolo. Pero como yo, encontró un hogar entre las cumbres verdes de Medellín. Ya no necesitamos sueños donde refugiarnos. Solo a veces, en La Aurora, dejamos volar la mente con las cometas, mientras el valle se enciende bajo nosotros, y sus brazos me envuelven en un silencio compartido.

Cuando pienso en Colombia siempre pienso en Harry. En la distancia. En lo que uno persigue cuando sueña con otro país. Y en cómo, a veces, soñamos con lo que nos falta, sin saber que también somos el sueño de alguien más.





Categoría Poesía



Aquí puede
escuchar la
poesía

Cumbres ajenas

María Castañeda

Poesía / Primer lugar
Nacida en Bogotá, Colombia
Reside en Zúrich, Suiza

Raíces dormidas,
sobre cerros distantes,
sueños despierta.

Susurro del sur,
resuena en mi alma,
Nación en canción.

Picos y nieve,
ecos de frailejones,
camino sin ver.

Silencio llenode cumbias sordas:
congela mi ser.

Estoy en cima,
pero no encuentro
páramo del sur.

Todo me sonrío,
menos el corazón fiel
que quiere volver.

La Mar



Tiempos de memoria



Angélica Solano Fitzgerald

Poesía / Segundo lugar
Nacida en Bogotá, Colombia
Reside en Lucerna, Suiza
Docente de español y literatura
E-mail: solano.angelica@gmail.com

En este suelo que late fraterno
con la paz custodiada por montañas alpinas
a veces el tictac de un reloj en la pared
es mi único consejero
Y en medio de tanto silencio
la memoria no para de hablarme
¿injusticia, miedo y caos?
No, esa no es su voz
Hablamos de la panela caliente en la mesa
de la sonrisa y el abrazo sin cita
del café en días soleados y en noches frías
de cucaracheros, colibríes y loros
de suaves melodías de ruido en las calles
de la eterna primavera de ocobos rosados
de caminos amurallados con brisa suave cálida y salada
del pesebre y de buñuelos en cada barrio
de pueblos con historias contadas por poetas
de venas de agua testigos de la tierra inmensa...
¿Injusticia, miedo y caos?
No, esa no es mi voz

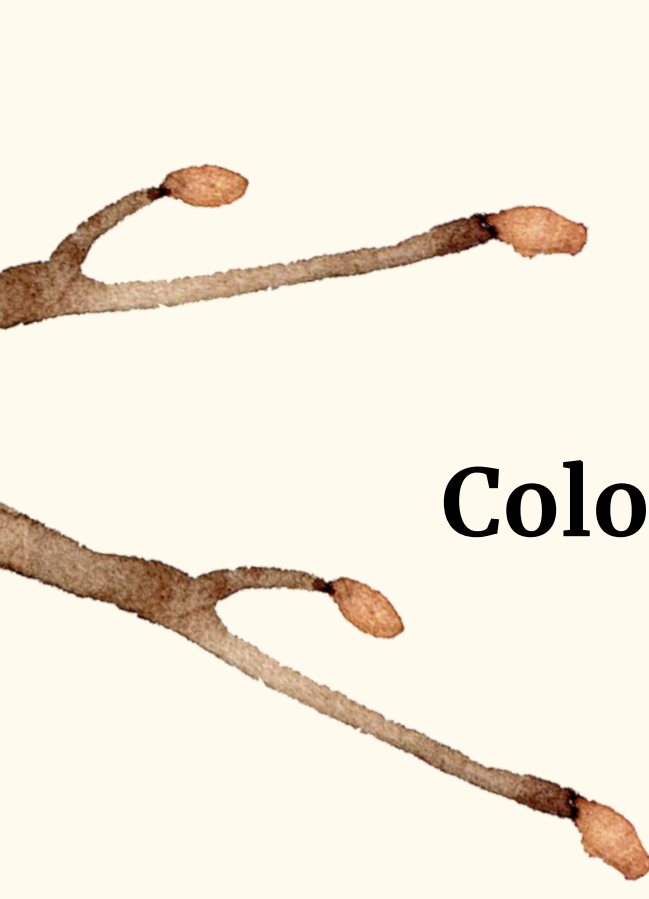




Sin Maletas

Antes de salir me miré en el espejo
dejé en el cajón un pulmón y medio corazón
Lo demás, lo empaqué en la maleta.
Ya llevo un tiempo entre el sol y la nieve
ya el lago cristalino ha cambiado mi reflejo
Soy yo, pero no soy el mismo
Soy quien quería partir y regresar al mismo tiempo
No para vivir allí en el pasado
sino para vivir allí siendo el que soy ahora
Hay días que mi reflejo se avergüenza
¿Cómo sueño con mi tierra, si estando allí no la besaba?
Aquí beso las calles, los bosques, las montañas
¿Quizás la inconciencia me embargaba?
Basura en mi río, no importaba
Ahora sueño con descaro
¿Niños libres sin más abrigo que el de todo un pueblo?
¿Puertas abiertas sin cerrojos, sin alambres, sin rejas?
¿Jóvenes y abuelos alegres abrazados por su tierra?
Sueño un sueño para todos
un sueño sin maletas.





Colombia, país sembrado en el pecho de un colibrí

Martha Cecilia Campo Millán

Poesía / Tercer lugar
Nacida en Palmira, Colombia
Reside en Conthey, Suiza
Líder migrante y presidenta de la
asociación LVDS & Violette
Instagram: @lavoixdesion
Facebook: Martha Campo Millan

Colombia no es un mapa,
es un animal herido que canta con el pico abierto,
una raíz que se niega a morir bajo el asfalto,
una lágrima que aprendió a bailar cumbia en la mejilla del viento.
Es un país sembrado en el pecho de un colibrí,
que vuela sin permiso entre montañas que no olvidan,
entre ríos que cargan cadáveres y canciones,
entre selvas que paren niños y balas al mismo tiempo.
Colombia es un espejo roto
donde cada pedazo refleja una verdad distinta:
la abuela que reza con las manos llenas de maíz,
el joven que grafitea paz sobre muros blindados,
la mujer que camina con su útero lleno de ausencias
y aun así canta.
La guerra la cruzó como un machete ciego,
pero no la partió.
La pobreza la abrazó como un padre ausente,
pero no la quebró.
La corrupción la mordió como un perro hambriento,
pero no la devoró.
Porque Colombia tiene la piel hecha de resistencia,
el alma bordada con hilos de esperanza,
y el corazón sembrado con nombres que no se olvidan.

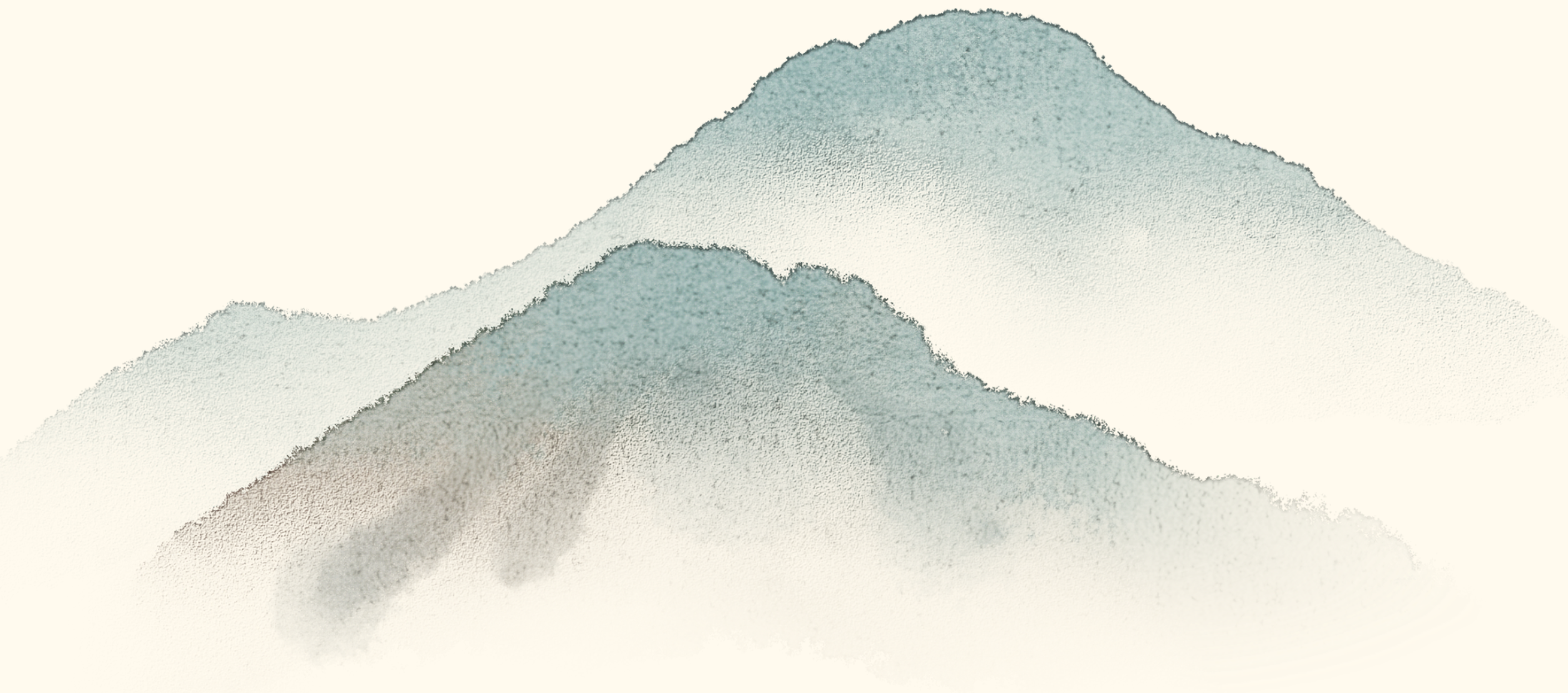


Colombia es la niña que escribe poemas en el lomo de una mula,
el campesino que siembra café con los dedos rotos,
el indígena que guarda el sol en una vasija de barro,
el afrodescendiente que baila sobre la memoria de sus ancestros,
el migrante que lleva el país en la maleta invisible de su acento.
Es un país que no se rinde,
aunque lo vendan, lo traicionen, lo silencien.
Colombia es la voz que regresa,
la raíz que insiste, el canto que no muere.
Porque Colombia no es lo que le hicieron,
es lo que aún puede ser.
Un país sembrado en el pecho de un colibrí,
que vuela con el corazón abierto
y las alas llenas de futuro.





Categoría Ensayo





Deseando amar (Bolero de Berna a Bogotá)

Carlos Rojas Cocoma

Ensayo / Primer lugar
Nacido en Bogotá, Colombia
Reside en Berna, Suiza
Docente e investigador
Finalista premio Nacional de Crítica, 2009 y
2010. Publicaciones: Debates visuales (2018),
ensayo; Julieth Morales: Destejedora (2025),
ensayo; Sobre una Línea (2023), novela;
Dioramas 1: Cautiverios” y “Dioramas 2: la
oreja de Modesto”, novelas (por publicar)
Instagram: @rojascocoma

En mi cabeza suena: “Quizás, quizás, quizás”, el bolero de Osvaldo Farrés, como una melodía que nunca se acaba, en especial desde que Won Kar-Wai lo utilizó para su célebre película Deseando Amar, del año 2000. La historia era la siguiente: en Hong-Kong durante los años sesenta, un hombre y una mujer expatriados de Shanghai, junto con sus familias, establecían una intimidad especial sugerida al espectador sólo a través de sutiles inferencias. Con una bella edición de planos muy cerrados, boleros cubanos y miradas, el director narró una historia de amor y desengaño a través de símbolos, frases cotidianas y gestos en los pasillos de un edificio antiguo.

En Deseando Amar, la extrañeza de una historia de amor en Hong Kong con música cubana iba más lejos. La versión cantada de la película es la de Nat King Cole, que con su timbre de voz y el sonido de la letra r que se resiente y ablanda en el acento anglosajón, me recordaba que él también se apropiaba culturalmente de unos versos que no eran suyos. Así que, unido a las estrofas del bolero cubano, el acento estadounidense, los primeros planos de actores chinos vestidos “a la occidental”, y una situación de dos vecinos que se atraen pero a los que resulta imposible estar juntos, se condensaban en una tragedia única.

Esa vida de vecinos, de historias cuyo eco retumba en los pasillos, de tejidos de culturas que se estrellan en las entradas y salidas de las casas, han hecho parte de mi vida desde que me establecí en Berna. A lo mejor por ello, la canción de Osvaldo Farrés hace eco en mi cabeza cada vez que enfrento esas paradojas que sólo los que hemos cruzado barreras culturales para vivir en otros contextos, podemos llegar a entender. Una de ellas es el mundo de lo privado.



La primera impresión que se tiene al entender la vida urbana en Berna es que se trata de una ciudad que no impone límites entre el mundo público y el individual. La segunda impresión, que se conoce una vez han pasado varios años, es que no solo hay límites, sino que además estos se levantan como altas murallas frías.

Desde la infancia, los niños edifican entre sí las barreras que el barrio o el grupo los separa de los otros. Al crecer, el dominio del “Bernés” – una forma específica del ya muy local lenguaje “Suizo Alemán” – establece una barrera a todo el que como yo, busca acercarse con un idioma ajeno a todas esas fronteras desconocidas.

Las barreras son invisibles. Quizás la primera palabra que se aprende –o se debería aprender– al establecerse en Berna es Privat. La traducción es simple, además porque su herencia no es sajona sino latina: Privatus, del verbo privare. Debería significar lo mismo que significa en Colombia, y no sería jamás un problema, si no estuviera en el centro de la existencia de la mentalidad suiza. En las líneas dibujadas de los parqueaderos: “Privat!”, en los prados de los jardines “Privat!”, En las callejuelas peatonales “Privat!”, en las guarderías para niños “Privat!”, en el sistema de salud “Privat!”, en los gatos que cruzan la calle “Privat!”, en algunas playas de los lagos “Privat!”... como el bolero cubano, sólo que en lugar de “Quizás”: “¡Privat, Privat, Privat!”.

La primera vez que escuché el grito de Privat en Berna fue cuando atravesaba un sendero peatonal con mi hijo de tres años, y me encontré con una pequeña puerta metálica entreabierta, la crucé de modo desprevenido hasta que escuché, desde el balcón de un tercer piso, a un anciano que me gritó con energía suficiente para ser escuchado en los balcones aledaños: “Es ist privat!” Podía ser curioso entender qué hacía un anciano en camiseta una mañana de otoño al aire libre, si no me hubiera tomado por sorpresa el reconocer que violaba una frontera indebida. Solo ahí me di cuenta que el sendero peatonal por el que pasaba, como muchos senderos que tiene la ciudad, estaba restringido exclusivamente a los habitantes de los edificios contiguos. Así como esa frontera, muchas otras comencé a identificarlas con esfuerzo. Hacen parte de la arquitectura de la ciudad. Otras sólo se reconocen habitando, como lo es el hecho de identificar qué juguetes usar en el parque, a quien se puede dar un beso en la mejilla –o tres al estilo suizo–, y a quien se le puede invitar a la casa. A veces creo que esas barreras que los ciudadanos edifican desde la infancia, son las que finalizan en una soledad aislada en sus barreras que – y esto no debería sorprendernos –, desembocan en un problema de salud pública.



De alguna manera en Bogotá, el sentido de propiedad es proporcional al lugar de honor que define a un individuo. Tener poco o nada –lo que fue siempre mi caso– nos enfrentaba a otro tipo de barreras, y siempre hubo una distinción entre las cualidades del espacio privado a diferencia del público. Era importante poner una barrera entre lo que es accesible para todos, de lo que es exclusivo para algunos. Para comenzar, mientras lo privado se entendía con características positivas como “seguro”, “limpio”, “organizado”, o “eficiente”, lo público se articulaba con adjetivos opuestos: inseguro, sucio, desordenado, ineficiente. Unicentro era un referente de espacio privado, mientras el barrio La Candelaria era un referente del espacio público. Qué decir de otros lugares como la universidad o los colegios, que se apoyan en esa dualidad de público o privado para establecer otras condiciones, de riqueza o pobreza, de estatus y condición social, que contribuye a la desigualdad de la que se habla tanto.

Las invisibles fronteras Bernesas, establecidas por los cerrados pactos de confianza, tienen su contracara en Bogotá, que crea las distancias en visibles manifestaciones de desconfianza. Basta con tomar como ejemplo el urbanismo contemporáneo de los barrios residenciales en Bogotá: de hacer la vida social en la calle, o el barrio, se pasó a habitar en conjuntos cerrados, cubiertos con murallas, protegidos por cámaras, vigilados por una compañía de seguridad que registra los ingresos y egresos de cada persona que entra y sale de ellos, tomando los datos y firmas de las visitas, y recopilando las huellas digitales de los residentes, y en donde se realiza un censo detallado de cada individuo, incluyendo las mascotas que habitan en cada uno de los apartamentos. Los que no pueden acceder a eso, se les llama curiosamente “habitantes de la calle”. Sin ningún intento de ironía, creo que si Michel Foucault hubiera vivido otros veinte años, al análisis del sistema de la cárcel y el hospital, hubiera tenido que proyectar el de los conjuntos privados de apartamentos rolos.

En Bogotá la frontera de lo privado no es discreta ni sugerida, es directa y evidente. Como si fuera un mundo al que no se debe acceder sin ser invitado, al que no se pasa por error, como quien camina un sendero peatonal. Gracias a ese sistema, surge una paradoja: ese escenario público, inseguro y desordenado, ruidoso y desobediente, diverso y tolerante, caótico y contradictorio, es el que permite que las barreras de lo privado se debiliten. La vida y la libertad, y por qué no la felicidad, sólo pueden suceder afuera, en el espacio público. Porque apiñarse en un transmilenio, andar en ciclovía, bailar en un bar o quejarse en la fila de trámite del Pasaporte, deja ver que aunque diversos estamos tan cerca los unos de los otros que nos llamamos “compa”, “hermano”, “vecino” o “parce” aún sin habernos conocido. Sabemos que lo privado es una apariencia, y por eso a alguien que apenas conocemos lo llamamos amigo o saludamos de beso en la mejilla.



Berna no es un espejismo de Bogotá y no creo que una ciudad esté, sólo por una reflexión sobre lo público o lo privado, mejor que la otra. No obstante, cuando lo público y lo privado se difuminan, las historias de amor que suceden en los pasillos privados pueden suceder en las plazas, y las historias se pueden contar con lentes gran angulares, opuestos a los de la película de Won Kar-Wai. Desde que vivo en Berna extraño ver a parejas besarse en la calle, extraño escuchar a los perros callejeros andando en manada, extraño cruzar la calle entre los autos, extraño comprar una empanada con ají de un puesto ambulante, extraño bailar sin saber con quién lo hago, extraño ver llover y cómo las grietas de las calles producen pequeños ríos, extraño fumar un cigarrillo que compro al detal. Extraño esa vida que no se debe esconder detrás de un aviso de Privat para que suceda como es.

Nunca sabré si es mejor o peor, y oscilar entre esos dos mundos de fronteras termina por dejarme exhausto. Lo que sí es cierto es que “quizás!”, lo que aquí y allá nos rompe hoy como ciudadanos, es la sobrevalorada barrera de lo privado.



Entre los Alpes y los Andes: la fe que une dos cielos

Andrés Felipe Baumgartner

Ensayo / Segundo lugar
Nacido en Medellín, Colombia
Reside en Zug, Suiza
Filósofo, teólogo y sociólogo

**“El Señor guarda tu salida y tu entrada,
desde ahora y para siempre.”**
(Salmo 121,8)

Hay nostalgias que no duelen: se posan en el alma como una neblina dulce, como el rocío que deja el amanecer sobre las flores que aún duermen. Así siento a Colombia desde estas tierras de silencio y relojes exactos. Aquí, donde el invierno parece no acabar y las montañas se cubren de nieve hasta el pensamiento, me acompaña el recuerdo tibio de mi país como un fuego doméstico que no se apaga.

Vivo entre gentes discretas y prudentes, cuyo hablar es medido y cuyo andar parece dictado por un compás invisible. Admiro su pulcritud, su serenidad, esa manera casi sagrada de cumplir la palabra. Pero en las noches, cuando el silencio se extiende sobre los lagos y las campanas marcan la hora con precisión suiza, me asaltan las voces de mi tierra: el pregón del vendedor de buñuelos, el rumor de la lluvia sobre los tejados de teja, el silbido de un niño que corre por una calle empinada.

Allá el tiempo tiene corazón; aquí, tiene precisión. Y sin embargo, ambos enseñan algo: el uno, la ternura del desorden; el otro, la paz del orden cumplido. De Colombia traje la risa fácil, la improvisación, la certeza de que toda tristeza se cura con una taza de café caliente y un amigo que escuche. De Suiza aprendo cada día la virtud de la calma, el respeto por el espacio ajeno y esa forma de dignidad que consiste en hacer bien lo que a uno le toca.



A veces me descubro comparando sus almas. El arriero de nuestras montañas, con su mula y su sombrero, parece un pariente lejano del guardia suizo que cuida la Basílica de San Pedro: ambos son hombres de paso firme, custodios silenciosos de algo que aman —uno, su camino; el otro, su deber—. Entre el queso suizo, tallado en siglos de paciencia, y nuestro quesito fresco, alegre y campesino, hay una misma sabiduría: la de transformar la leche sencilla de la vida en sustento y en gozo. En los Alpes y en los Andes se cultiva la montaña con igual terquedad, y en ambos lugares el corazón humano se ablanda frente al paisaje.

También el deporte nos hermana, aunque de manera distinta: aquí se deslizan sobre la nieve con la elegancia de un reloj de bolsillo, allá corremos detrás del balón como si en cada gol se nos fuera el alma. Pero en ambos, Suiza y Colombia, el cuerpo busca su fiesta y el espíritu su desahogo: en un estadio o sobre un lago, la alegría se vuelve himno.

Y ni qué decir del tinto y del té, dos hermanos distantes que comparten el mismo propósito: reunirnos. Allá se conversa alrededor del tinto humeante, mientras cae la tarde y el aire se llena de historias. Aquí, el té se toma en silencio, con pausas que parecen plegarias. Ambos rituales, distintos en forma y semejantes en fondo, nos recuerdan que la vida es más llevadera cuando se comparte en torno a una bebida caliente y una mirada sincera.

Pero si algo me reconcilia con la distancia, son las iglesias. En Colombia, cada pueblo tiene una torre que señala el cielo, y bajo ella laten las fiestas, los rezos y las lágrimas de su gente. En Suiza, las iglesias parecen brotar de la piedra como oraciones antiguas: silenciosas, sobrias, llenas de luz. A veces entro en una de ellas cuando la tarde declina, y me sorprende encontrar el mismo Dios que conocí en mi infancia, distinto en acento pero idéntico en mirada. El mismo Dios que allá escucha promesas entre guitarras y flores, aquí guarda silencio bajo un órgano majestuoso. Y entonces entiendo que la fe, como la patria, no se pierde: cambia de idioma, pero no de voz.

A veces creo que los colombianos somos alquimistas de la esperanza: hacemos de la escasez una fiesta, de la demora una historia, del error una risa. Y los suizos, guardianes del tiempo, parecen custodiar el orden de las cosas para que nada se pierda. Entre los unos y los otros, voy comprendiendo que el mundo se sostiene en esos dos secretos: la alegría que resiste y la disciplina que preserva. El tiempo, ese animal indomable, tiene distinto temperamento en cada tierra. En Colombia se le



doma con cuentos, con improvisaciones, con la certeza de que el minuto que se va no se pierde: se vive. Allá, el reloj es más un adorno que una amenaza; la gente llega tarde, sí, pero llega con una sonrisa que disculpa cualquier demora. El tiempo colombiano es generoso, se estira como la sombra de la tarde, se acomoda al paso del alma.

Y entre ambos extremos se dibuja una verdad que no está en los relojes: el tiempo más valioso es aquel que se vive con sentido, sin prisa y sin culpa. Quizá sea ésa la lección divina escondida entre los segundos: que el tiempo pertenece a Dios, pero el instante, al corazón.

La distancia no siempre se mide en kilómetros; a veces se mide en gestos. Hay días en que una palabra en español me basta para sentir que estoy de vuelta, y noches en que el viento de los Alpes huele, misteriosamente, a aguacero tropical. He comprendido que la patria no es un lugar: es un modo de mirar el mundo. Y donde uno mira con amor, allí está su casa.

Cuando camino entre las calles ordenadas de Zúrich o de Lucerna, veo reflejados en los escaparates los rostros de mis gentes: el campesino que madruga a ordeñar, la maestra que enseña a leer con paciencia, el niño que juega descalzo bajo la lluvia. Todos caminan conmigo, invisibles, recordándome que la identidad no se guarda en el pasaporte sino en la memoria.

Suiza me ha regalado la serenidad; Colombia, la pasión. Aquí aprendí que la belleza puede ser silenciosa; allá, que la alegría puede ser un acto de resistencia. Cuando uno vive entre dos mundos, empieza a entender que cada cultura ilumina a la otra. El orden suizo me enseñó a poner límites; el desorden colombiano me enseñó a no tener miedo de sentir. Y si alguna vez mi corazón se confunde, lo dejo ser: late en dos ritmos, y ambos son suyos.

He descubierto también que el regreso no siempre es volver. A veces se regresa en los sueños, en las canciones, en el olor del pan o en la voz de alguien que pronuncia nuestro nombre con acento de infancia. En las mañanas frías, cuando el tren atraviesa los valles cubiertos de niebla, pienso en las montañas de mi país, tan distintas y tan hermanas. Y me digo que tal vez la vida consiste en eso: en tender puentes invisibles entre los paisajes del alma.



Si algo he aprendido en este tránsito entre dos tierras, es que la humanidad se revela en los pequeños gestos. En Colombia, un “buenos días” se dice con una sonrisa grande, como quien entrega un regalo. En Suiza, se pronuncia con suavidad y respeto, como quien no quiere interrumpir la paz del otro. Ambos saludos valen lo mismo: son una forma de reconocer la presencia del otro, de decirle “te veo”.

El arriero y el guardia suizo, el quesito y el queso de los Alpes, el tinto y el té, la pasión por el balón y la quietud del esquí, las iglesias de piedra y las de barro, son apenas rostros distintos de una misma alma: la que busca calor en medio del frío, compañía en medio del orden, y belleza en lo sencillo.

Al final, creo que Colombia y Suiza se parecen más de lo que parece. Ambas viven aferradas a la montaña, aman el trabajo bien hecho y saben que la vida, si se mira con gratitud, es un acto de fe. Yo, que camino entre sus dos orillas, llevo en el corazón la certeza de que el mundo es más hermoso cuando uno aprende a amarlo doble: con el silencio de los Alpes y con el ruido alegre de mi tierra.

Y cuando cae la tarde y el sol se esconde tras los picos nevados, levanto mi taza — de café o de té, ya da lo mismo— y doy gracias por este milagro sencillo: haber nacido en un país que canta y vivir en otro que reza.

Entonces recuerdo las palabras del profeta: **“¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!”** (Isaías 52,7). Y pienso que quizá, entre los Andes y los Alpes, esa paz sigue caminando, invisible y viva, en cada paso de quien lleva el Evangelio con alegría.



¿De dónde vienes?

Freya Liv Quintana Cardona

Ensayo / Tercer lugar
Nacida en Cali, Colombia
Reside en Bienne, Suiza
Licenciada en Literatura
William Ospina - Cali - Estanislao Zuleta -
Palimpsestos, ensayo; El valle relata 34
mujeres, cuento; Voces - Antología de
escritores contemporáneos del Valle del Cauca,
cuento; Voces en primera línea, cuento
Email: freya.girard@gmail.com

“El cielo está brumoso, hace frío, estoy fea.

Acabo de recibir un beso por correo.

Cuarenta años: No quiero cuchillo ni queso.

Quiero el hambre.” Adélia Prado

¿Dé dónde vienes?

De Colombia

Aaah....

Odio que me pregunten de dónde vengo, porque podría decir cualquier cosa, vengo de la casa, de la Migros, de la calle, del frío, de venus. ¿Qué cambia mi respuesta? ¿De dónde esperan que venga? ¿Es esa acaso la pregunta a partir de la cual se puede definir algo de una persona? ¿Acaso se hace para afirmar prejuicios? ¿Qué respuesta se espera si lo que se escucha a continuación es un “Ahhhh” o con suerte, obtengo una mirada de lástima acompañada de un “Aaaahhhh” más largo que se podría interpretar como: “La pobre, ya entiendo por qué está aquí en este país maravilloso donde no pasa nada malo.”

Hay algunos que me dicen que han ido a Colombia y cada vez que lo escucho, quiero huir, porque algo malo debe haber pasado, le robaron, le mataron a alguien. Le hicieron el taxi millonario. Nunca pregunto, “¿Qué tal les fue?”, me da terror, porque una vez lo hice, cuando vivía en Argentina a principios del año 2000 y la respuesta no fue la que esperaba. Un señor muy amable me preparaba carne en su parrilla, era el padre de un amigo, estaba en su casa, usando su piscina, su sombra, su baño y en un viaje a Colombia que hizo con su hermano, –me contó–, se lo mataron. Comí en silencio, me sumergí en la piscina, fui al baño y me fui.



Su hermano era sacerdote y estuvo en Colombia haciendo trabajo humanitario, no recuerdo a dónde exactamente ocurrió ni por qué y no estoy segura si fue porque no pregunté nada más o porque como todo evento traumático, mi cerebro eligió recluir la anécdota completa en un lugar lejano, oscuro y apacible- como el invierno en Suiza- para que no lo viera reflejado en el espejo de mi lugar de nacimiento.

La serie Narcos de Netflix le explicó a mi familia de obligación, esa que viene con el apellido suizo que suena lindo en Colombia, cómo era mi país de origen y de paso, cómo había sido mi vida cuando vivía allá. Llevo aproximadamente cinco años tratando de explicarles que yo nunca conocí a un narcotraficante y que sí lo hice no me di por enterada porque me parece que ya está tan de moda la música urbana (reguetón etc.) donde todos se visten como narcotraficantes de los años ochenta y noventa que a este punto, no sé si a partir del atuendo se pueda definir el hobby o la profesión de una persona. Tal como pasa con la nacionalidad. Tampoco, les explicaba, fui a ninguna de las fiestas que se ilustran en la serie- a veces quisiera decir, “por pobre no me invitaron” – pero no lo hago, mejor no echar más leña al fuego. Menos fui cocainómana, nunca supe a demás cómo ni dónde se compra cocaína en Colombia ni cuánto cuesta; me tocó hacer las averiguaciones ya estando aquí, a raíz de la constante inquisición de cada suizo que me cruzaba, especialmente en las cenas a las que me invitaron con motivo “Latino” donde yo ingenuamente llevaba empanadas, arepas; jazz fusión colombiano creado por mis talentosos amigos músicos y a cambio, ante mis ojos, desfilaban los suizos de orígenes diversos y hasta dudosos, disfrazados de “narcotraficantes”, balbuceando algo aproximativo a mi lengua materna, pretendiendo ser graciosos, amables, neutros. Uno de ellos, el que se veía muy intrigado por el precio del gramo de coca en Colombia, me dijo: “Los suizos, en cambio, son muy respetados en el extranjero, nos reconocen por la seguridad, la prosperidad, la riqueza”... No dijo, “no como ustedes”, no hizo falta.

Cuando vivía en Estados Unidos a finales de los años noventa, fui a una de esas escuelas que salen en las películas y series americanas; nadie me preguntaba de dónde venía, a nadie le importaba. Había demasiados adolescentes ricos drogándose por ahí, la realidad no tenía, entonces, ninguna importancia. El problema era yo, para ese entonces llegaba de un colegio privado de Cali a una escuela pública de Houston, Texas, a decirle a cuanta persona me encontraba en el camino que venía de Colombia, les dejo adivinar las respuestas y las preguntas respecto a sí de casualidad podría proveerles de aquello a lo cual siempre me enseñaron a ver como al diablo.



¡Pero si el diablo no existe! ¿Por qué nadie me habla de Gabriel García Márquez? De la música, la comida, los paisajes, los pájaros. Porque nadie sabe ni quiere saber. La gente se siente segura pensando que hay países que están bien y otros que están mal, les da placer creer que todas las personas del universo quieren venir a vivir en Suiza. Para no dejarlas entrar, ni quedarse o bien, con límites, que no tomen mucha confianza, no se vayan a ilusionar tampoco porque no se puede ayudar a todo el mundo. Hay reyes y plebeyos; santos y demonios; etnias y melanina. Suiza es como esa hija adolescente que te quiere doblegar, pero tú no vas a dar el brazo a torcer. Te vas a quedar con el otoño de hojas amarillas; los mercados de navidad; la alegría de ver llegar la primavera; la nostalgia de ver partir el verano. Así como te has quedado con el recuerdo de la hija que camina dando tumbos con un chupo en la boca, trastabillando en español con la abuelita colombiana que le alaba el pelo rubio y liso “menos mal que se lo sacó al padre, aunque no los ojos, los ojos son como los tuyos”.

No sé todavía si eso es un cumplido o un reproche materno, pero estos ojos son los que me han visto crecer en este país a través de aquellos que nacieron en otro, me han hecho valorar lo bueno que muchos de los que nacieron aquí no ven. Camino con la cartera abierta, escuchando música sin mirar al atravesar la calle; mi hija asiste a una escuela pública bilingüe con niños de diversas nacionalidades; Por el camino me cruzo con niños solos yendo de un lugar a otro como adultos pequeños todavía felices. En Colombia me valoran más por mi nueva nacionalidad, mi nuevo pedigrí, mi escalafón en el peldaño social. Me reciben mejor en el aeropuerto con el pasaporte rojo, me llaman, “doctora, siga por aquí”, me ayudan con la maleta, no me requisan de la manera como a los que entran con el pasaporte nacional; pero paso la aduana esquivando las miradas inquisidoras: “¿Y esta, suiza de dónde?” Y de nuevo, “¿De dónde viene?” Y ya no respondo, ya no sé qué decir, paso el pasaporte en silencio. ¿Qué me conviene decir? ¿De eso dependerá la entrada al país? Allá soy suiza y aquí no sé de dónde soy, ¿de dónde te conviene que sea? ¿De dónde te parece que soy?.





Agradecimientos

- Melba Escobar, periodista y escritora invitada.
- Cristian Álvarez Olaya, flautista y director de orquesta.
- Natalia Trujillo, compositora de la obra Nostos (2025) para flauta sola.
- Zunftgesellschaft zu Schmieden, patrocinadores de los premios de la categoría no colombianos.
- Kornhausbibliotheken Bern.

Galería fotográfica



Vivi Andermatt, primer puesto en cuento



Francisco Echeverri, Embajador de Colombia en Suiza y Elena Valdés, primer puesto en cuento extranjero



Carlos Rojas, primer puesto en ensayo



Cristian Alvarez durante su interpretación musical

Galería fotográfica



Ganadores del concurso durante en el evento de premiación



Pilar Velázquez, narrando apartes de los textos ganadores



Galería fotográfica



Ximena Escobar, coordinadora del concurso, junto con los jurados, lectores y equipo de la Embajada



Melba Escobar, periodista invitada

Embajada de la República de Colombia en Suiza

Dirección: Zieglerstrasse 29, 3007 Berna

Teléfono: +41 (0)31 350 1400

Correo electrónico: esuiza@cancilleria.gov.co

Página WEB: <https://suiza.embajada.gov.co/>